

La condición inmigrante de los nuevos trabajadores rurales

ANDRÉS PEDREÑO CÁNOVAS (*)

PRUDENCIO J. RIQUELME PEREA (**)

1. INTRODUCCIÓN

La ruralidad campesina era un espacio social predominantemente estático, de baja movilidad territorial y ocupacional. Ello se debía a que, por un lado, se trataba de un espacio social demarcado y diferenciado del resto de la sociedad, «la línea fronteriza entre ciudad y campo, o, mejor dicho, entre ocupaciones urbanas y ocupaciones rurales, era rígida» (Hobsbawm, 1991: 17), y, por otro lado, a la ausencia de diferenciación entre el espacio productivo y el reproductivo –la explotación agrícola y el hogar familiar funcionaban de forma unitaria–. Ambas determinaciones definían una determinada forma de vida arraigada en la tierra, sedentaria, y en la que el área de interacciones de sus miembros y del agregado comunitario era muy estrecho. En el **continuum** rural-urbano de Sorokin y Zimmerman (1929) aparece explícitamente esta caracterización de una sociedad rural de baja movilidad, dentro de la cual solamente tendrán un valor significativo las corrientes migratorias del campo a la ciudad.

Desde estas consideraciones de los clásicos de la sociología rural, puede entenderse el profundo proceso de cambio social experimentado por los espacios rurales, los cuales aparecen hoy caracterizados precisamente por una acentuada movilidad. Así, la sociología rural contemporánea ha enfatizado la centralidad que ocupa el hecho de

(*) *Departamento de Sociología y Política Social. Universidad de Murcia.*

(**) *Departamento de Economía Aplicada. Universidad de Murcia.*

la movilidad para comprender las nuevas articulaciones de los espacios rurales dentro de la sociedad global. Por ejemplo, González y Camarero (1999) advierten que la ruralidad en el contexto de la sociedad global itinerante ha de aprehenderse sociológicamente localizada en los procesos de movilidad, en tres ámbitos: movilidad del trabajo (por la separación entre el espacio de residencia y el espacio de trabajo), del consumo (consumo de los espacios rurales, turismo, segundas residencias) y de las mercancías (descentralización productiva, sistemas de producción flexible, etc.).

El fenómeno de la presencia del extranjero en la ruralidad contemporánea europea se vincula a estas dinámicas de movilidad. Y son un indicador más del cambio social que afecta al mundo rural en la sociedad itinerante, en cuanto que lo extranjero se opone a las características de familiaridad, proximidad y relaciones endógenas propias de la sociedad campesina tradicional (Sorokin y Zimmerman, 1929). Dado su creciente presencia en las últimas décadas, y aunque la figura del extranjero ha estado tradicionalmente ausente de los estudios rurales, «los extranjeros están llamados a jugar un rol cada vez más importante, directo o indirecto, en la evolución del espacio y del mundo rural», tal y como enfatizaba hace unos años el geógrafo francés Henry Buller (1994: 9) en la introducción de un número monográfico sobre «los extranjeros en la campiña» de la revista *Études Rurales*.

Dentro de la diversidad de situaciones que podrían englobarse dentro de lo extranjero, interesa destacar para los objetivos de este artículo, la figura del trabajador inmigrante, fundamentalmente extracomunitario. Al igual que en otras sociedades europeas (Kasimis y otros, 2003; King, 2000), España también asiste a la emergencia de esta nueva realidad sociológica en numerosas áreas rurales, dado el asentamiento (definitivo, temporal o itinerante) de trabajadores inmigrantes procedentes de países de la periferia de la economía-mundo.

Las migraciones intraeuropeas de las décadas de los sesenta y setenta estaban protagonizadas por grupos procedentes del sur de Europa y de África cuyo destino eran los países más desarrollados del norte de Europa, dado que se desarrollaban en el contexto de la dinámica de urbanización e industrialización en masa. Por ello estructuralmente estas migraciones se corresponden con el éxodo rural-urbano. Las migraciones postindustriales, tal y como las denomina Enrico Pugliese (1993), propias de los ochenta y noventa, tienen una serie de rasgos diferenciados. No solamente participan una diversidad más amplia de nacionalidades y grupos étnicos, sino que

también los destinos se han ampliado, incorporándose como países receptores los países del sur de Europa, tales como Portugal, España, Italia o Grecia, antaño sociedades de emigración. Otro rasgo es que se incorporan a un contexto ocupacional y de políticas de integración social, radicalmente diferente a las décadas de predominio del modo de regulación político-económico keynesiano, ya que se caracteriza por la extensión de la precariedad laboral, la informalización del empleo, la crisis del Estado de Bienestar y del pleno empleo, y por una política de inmigración de «cierre de fronteras».

King (2000) ha identificado un modelo de migración específico del sur de Europa caracterizado por los rasgos anteriormente expuestos, unido a la particularidad de su desarrollo capitalista sostenido por su industrialización tardía, peso de la agricultura y el sector turístico, desarrollo urbano especulativo y economía informal basada en redes familiares.

Es en este nuevo contexto de migraciones postindustriales, donde ha de situarse el creciente protagonismo de los trabajadores inmigrantes en los mercados de trabajo rurales. En la medida que también en las zonas rurales se genera un subempleo flexible e informal en actividades terciarias, industriales y agrarias, las nuevas oleadas de inmigración están insertándose en tales formas de trabajo degradado.

El presente artículo parte de la siguiente hipótesis: el patrón de asentamiento de inmigrantes en el medio rural ha de aprehenderse desde la tesis de la reestructuración rural (1), dado que se trata de

(1) Para los teóricos de la reestructuración rural (Marsden et al., 1993), las sociedades rurales del capitalismo avanzado han de ser aprehendidas como una unidad de producción y consumo.

Desde el punto de vista de la producción, estos autores destacan los siguientes aspectos: 1) Determinadas inversiones y estrategias del capital buscan el espacio rural, como un lugar donde factiblemente podrá encontrarse una mayor flexibilidad (a todos los niveles, laboral, productiva, residencial, etc.) que en las rígidas estructuras determinadas por la industrialización fordista de los años 60. Con los procesos de internacionalización de los mercados, la reducción de costes de trabajo es una opción estratégica generalizada. En este sentido, para los procesos de valorización de capital, el medio rural ofrece ciertas condiciones atractivas: predominio de la pequeña empresa, negocios familiares, oferta de trabajo barata y adaptable, etc. 2) La agricultura ha dejado de ser el sector económico de mayor significancia en el medio rural. Con el proceso de mecanización agraria de la posguerra, el sector agrícola ha dejado de ser la actividad estructurante del medio rural. La ruralidad es hoy una realidad diversificada desde el punto de vista de la producción y los mercados de trabajo. 3) Los espacios rurales ofrecen nuevos y más placenteros lugares en los que trabajar y vivir. Ello resulta llamativo para inversiones empresariales, como para toda una nueva clase media, ligada al sector terciario o al empleo estatal, que busca en el medio rural determinados valores de calidad de vida que no ofrece la ciudad. 4) Las sociedades rurales ya no son sociedades aisladas de la sociedad global, muy al contrario están perfectamente insertadas en ella. El desarrollo de las telecomunicaciones y de los transportes han permitido esta integración, al tiempo las nuevas tecnologías relacionadas con la informática parecen favorecer las localizaciones productivas en el medio rural.

Desde el punto de vista del consumo, son sociedades «en que la menor importancia relativa que se atribuye a la actividad productiva rural es acompañada por un creciente uso del medio rural como espacio de ocio y de residencia exógena» (Camarero, 1992:13). Ello conlleva, continúa Camarero (op. cit.:18), «la creciente atracción que el medio rural ejerce sobre nuevos grupos sociales, que originan un movimiento poblacional en sentido inverso» al del éxodo rural de los años 60.

una realidad vinculada estrechamente a los procesos de redefinición social y económica que asignan a los espacios rurales nuevas funciones y definiciones, posibilitando lo que ha venido en conocerse como «renacimiento rural» (Camarero, 1992).

Los trabajadores inmigrantes extranjeros están asentándose fundamentalmente en aquellos territorios rurales en los que las dinámicas de reestructuración productiva y socioeconómica han generado un cuantioso número de puestos de trabajo precarizados insuficientemente cubiertos por la población local. Su presencia en la ruralidad es un indicador de profundas redefiniciones de los mercados de trabajo rurales, tal y como se propone demostrar este artículo (2). Con este fin, se realiza, en primer lugar, una aproximación cuantitativa al fenómeno del asentamiento de inmigrantes extranjeros en el medio rural (apartado 2), y tras constatar la diversidad de sectores económicos en los que se insertan laboralmente, se profundiza en los cambios cualitativos de las relaciones de trabajo, que explican el recurso a ese tipo de mano de obra (apartado 3). Los restantes apartados buscan relacionar la inserción laboral de los inmigrantes y los nuevos procesos de estratificación social de la sociedad rural, tanto los relativos a las relaciones de género (apartado 4) como a las relaciones de clase (apartado 5), constatándose, ya en las conclusiones, los procesos de etnofragmentación que se observan en la vieja sociedad.

2. INMIGRANTES EN LAS ZONAS RURALES

Desde los años 90, un importante contingente de inmigrantes extranjeros viene asentándose en las zonas rurales (3). Si bien es cierto que conforme ha ido incrementándose el número de efecti-

(2) La fuente secundaria de datos que se utiliza es el Censo de Población del 2001 (Resultados Definitivos, 2004, INE), ya que es la única fuente que permite una aproximación a los mercados laborales de los inmigrantes según hábitats (tamaño de municipio y de núcleo de población). El Padrón Municipal de **Habitantes** no proporciona información sobre la ocupación de los inmigrantes; y tampoco el Anuario Estadístico de Inmigración ni la Encuesta de Población Activa posibilitan una aproximación al mercado laboral inmigrante por el hábitat.

(3) No resulta sencillo establecer una definición estadística que permita identificar las zonas rurales. Habitualmente se recurre a criterios de población considerando que los núcleos de población con menor población se corresponden con hábitats rurales. En el caso del Censo se califica la zona urbana como el conjunto de entidades singulares de población que tienen más de 10.000 habitantes; la zona intermedia, las que tienen de 2.001 a 10.000, y la rural, 2.000 o menos. Cuando no se dispone de datos referidos a entidades de población, se suele elevar el límite de habitantes a 10.000 porque con datos a nivel municipal se corre el riesgo, especialmente en municipios compuestos de núcleos de población dispersa, de excluir a una parte importante de la población rural.

Para este artículo se ha considerado zonas rurales los núcleos de población menores de 10.000 habitantes porque, además de las razones apuntadas, con el límite de 2.000 se excluiría, especialmente en el sur peninsular, un número importante de localidades rurales.

Por otro lado se ha considerado como indicador de la inmigración económica rural a la población extranjera activa con edades comprendidas entre 16 y 64 años. Además, esto permite discriminar un importante número de inmigrantes cuyas motivaciones al venir a nuestro país no son laborales.

vos, su distribución por tamaño de hábitat ha tendido a privilegiar las zonas urbanas –mayores oportunidades de empleo y un mercado de vivienda en alquiler más amplio–, también lo es el hecho de la ligera variación que se observa entre el porcentaje de los que residen en zonas rurales en el Padrón 2005 respecto al Censo 2001 (cuadro 1), lo que está indicando la consolidación de la inmigración rural como fenómeno social y demográfico en numerosas zonas no metropolitanas de España. La cifra en números absolutos de los inmigrantes rurales –considerando como tales a los que residen en municipios menores de 10.000 habitantes– según el Padrón de 2005, asciende a 562.464 personas, lo que supone un 5,7 por ciento del total de la población rural. Sin embargo, este dato resulta más indicativo si se tiene en cuenta que en relación al año anterior la población se incrementó en cien mil personas o que desde el 2001 la población rural inmigrante se ha duplicado.

Cuadro 1

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN TOTAL Y EXTRANJERA POR TIPO DE HÁBITAT (*)

Nº de personas	Censo de 2001						Padrón 2005					
	Total			Extranjera			Total			Extranjera		
	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Urbano	51,8	50,8	52,8	56,4	54,6	58,3	52,8	51,7	53,8	59,3	57,9	61,0
Intermedio	26,0	26,2	25,8	27,1	27,8	26,3	26,2	26,4	26,0	25,8	26,4	25,1
Rural	22,2	23,1	21,4	16,6	17,6	15,4	21,0	21,8	20,2	14,9	15,8	13,9

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001 y Padrón 2005.

(*) Para la definición de los diferentes hábitats se ha utilizado la población municipal.

El patrón de localización de las mujeres migrantes privilegia más las zonas urbanas que los varones. De hecho, la diferencia entre los porcentajes de varones urbanos y mujeres urbanas tiende a acentuarse en el Padrón del 2005 respecto al Censo del 2001, creciendo hasta el 61 por ciento en el caso de las mujeres, y al 58 por ciento en el caso de los varones. Las mujeres inmigrantes están porcentualmente por debajo de los varones tanto en las zonas intermedias como en las zonas rurales. Sin embargo, la escasa oscilación del porcentaje del número de mujeres rurales entre 2001 y 2005, está reflejando una nueva realidad sociodemográfica rural, cuya cifra en números absolutos supone una cifra muy cercana a las doscientas mil personas –habiéndose, por tanto, duplicado su presencia en términos absolutos–.

El origen nacional de los inmigrantes se revela como un factor explicativo significativo para explicar su lógica de asentamiento en los diferentes hábitats. El gráfico 1 recoge la distribución por tipo de hábitat de los cuatro colectivos inmigrantes más numerosos en España: marroquíes, ecuatorianos, colombianos y rumanos.

En el caso de los marroquíes, aunque la mitad de sus miembros viven en ámbitos urbanos, en términos absolutos tienen una mayor presencia que el resto de colectivos en las zonas rurales e intermedias. Esta afirmación es válida tanto para hombres como para mujeres, no obstante, la inmigración marroquí que habita en las zonas rurales e intermedia está fuertemente masculinizada.

Un comportamiento muy similar tienen los rumanos, de los cuales una cuarta parte elige el medio rural para asentarse. Sin embargo, los rumanos se diferencian de los marroquíes en dos rasgos: el primero, su presencia en las zonas intermedias es más reducida; y segundo, adopta un mayor equilibrio de género, aunque en las zonas rurales se aprecia cierta masculinización.

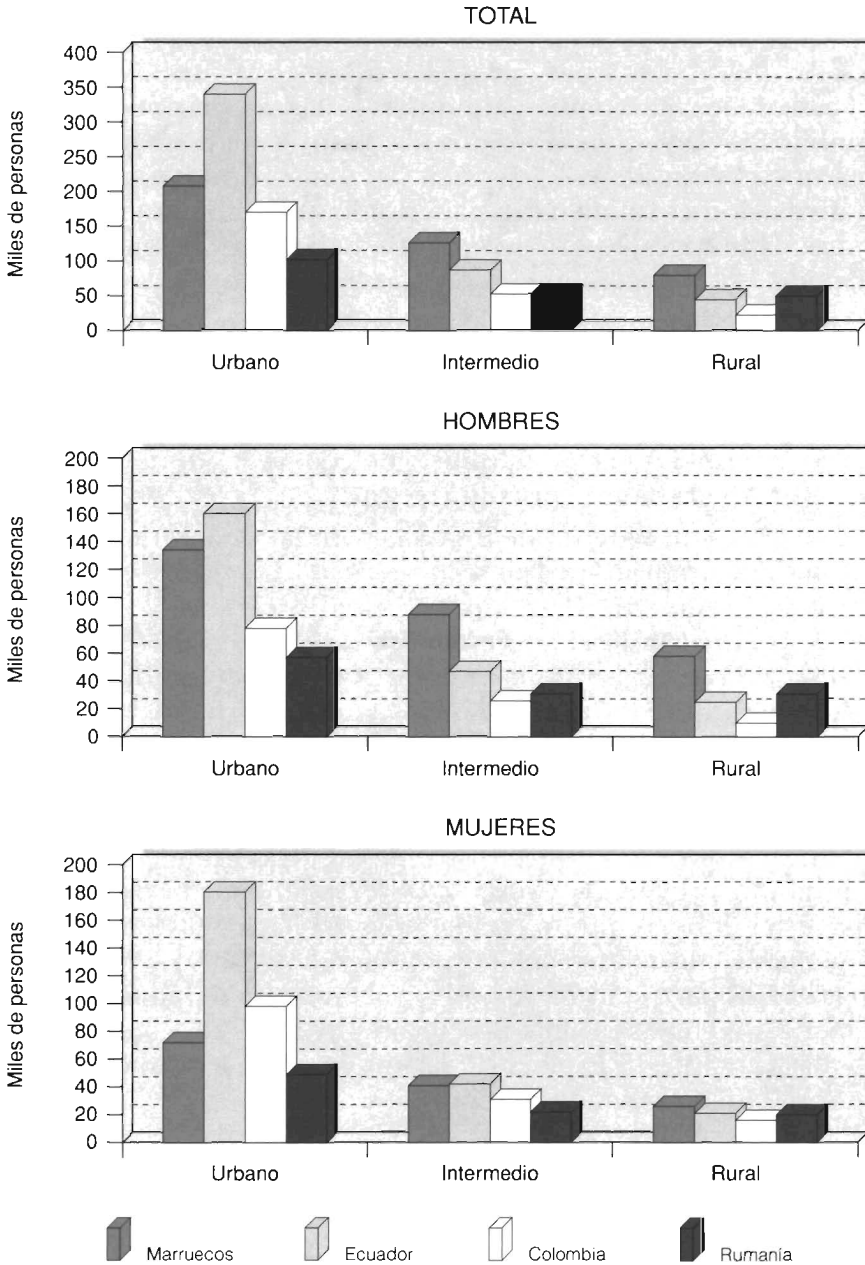
En cuanto al asentamiento de los colectivos latinoamericanos, optan de forma mayoritaria –tres de cada cuatro– por las zonas urbanas, estando especialmente definido este patrón de localización en las mujeres. Comparando el asentamiento de ecuatorianos y colombianos, se comprueba la ínfima presencia de los colombianos en las zonas rurales, quienes privilegian los ámbitos urbanos (sobre todo las mujeres). Los ecuatorianos rurales mantienen un llamativo equilibrio de género en el número de efectivos (lo que hace pensar que se trata de familias).

En el mapa 1 se representa la distribución de la inmigración extranjera rural por provincias. Como se observa, el Padrón del 2005 consolida las tendencias que ya estaban insinuadas en el Censo de 2001, aunque ha de constatar la incorporación entre 2001 y 2005 de nuevos territorios para la inmigración rural en zonas del interior y norte de España, los cuales estaban prácticamente ausentes en el Censo del 2001. Básicamente la España de la inmigración extranjera rural se plasma en cinco realidades territoriales:

- a) La vertiente mediterránea, desde prácticamente el Pirineo hasta el campo de Gibraltar. En este territorio se concentra un importante dinamismo económico y demográfico, en el que se alternan grandes concentraciones urbanas, zonas de agricultura intensiva, espacios litorales especializados en el turismo de masas, y distritos industriales o sistemas de producción local.

Gráfico 1

Distribución por tamaño de hábitat de los cuatro principales colectivos inmigrantes extracomunitarios según género (*)



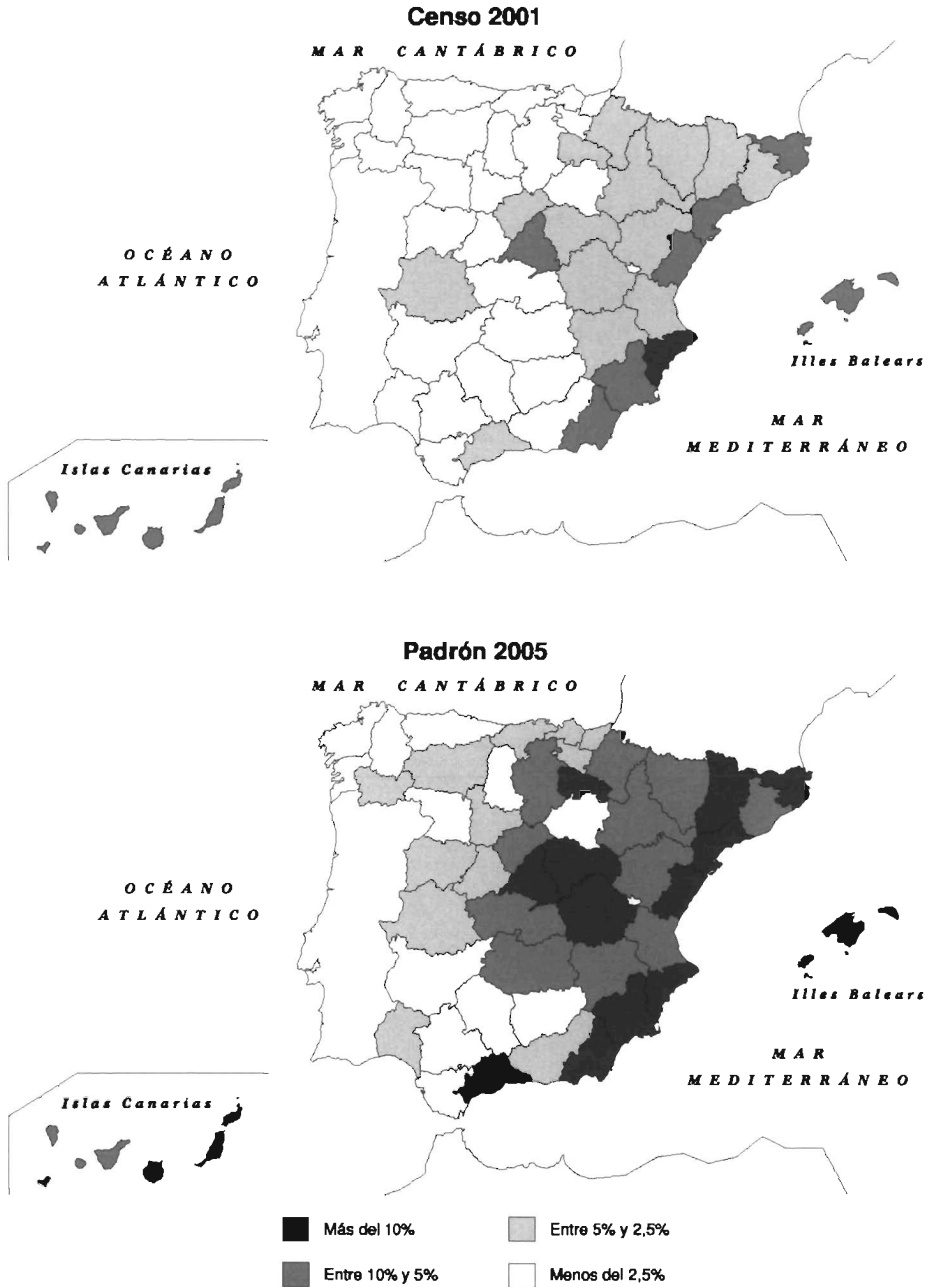
Fuente: Elaboración propia a partir de Padrón 2005.

Sombra: MATIZ 50%

Borde 5%

Mapa 1

Distribución provincial de la población inmigrante rural entre 16 y 64 años sobre el total de población rural entre 16 y 64 años (*)



Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001.

(*) Para la definición de hábitat rural se han utilizado los municipios menores de 10.000 habitantes.

- b) Islas Baleares y Canarias. Ambas regiones son el sostén de una poderosa industria turística, con un gran desarrollo hostelero, comercial y de otras actividades terciarias.
- c) El área metropolitana de Madrid, y las provincias que la rodean (pertenecientes a La Mancha y Castilla-León). Es, junto con el arco mediterráneo, la otra gran zona de crecimiento económico y demográfico del país. Es una fuente de empleo fundamentalmente terciario e industrial, así como en el sector de la construcción, que en la última década ha vuelto a tener un gran alza en el contexto del boom inmobiliario. También en algunas producciones agrícolas se requieren estacionalmente de importantes cantidades de mano de obra asalariada (recolección del ajo, vendimia, etc.).
- d) El valle del Ebro (eje de La Rioja-Navarra-Aragón-Lleida). Otra zona de desarrollo tradicionalmente ligado a la industria alimentaria y producciones agrícolas estacionales, en un territorio en el que se alternan agrocidades medias (como Lleida o Logroño), junto con grandes concentraciones urbanas (como Zaragoza), que generan un importante sector de actividades terciarias.
- e) Finalmente, el Padrón del 2005 permite observar, en las provincias del interior, nuevas áreas rurales con porcentajes significativos de inmigración extranjera, tales como Huelva, Cáceres, algunas zonas de Castilla-León y del norte de España. Las mismas se vinculan con las necesidades de empleo de sistemas productivos concretos, como la recolección de la fresa en Huelva o del tabaco en Cáceres, la minería leonesa, o el terciario en las áreas más urbanizadas. Estas áreas se han consolidado recientemente como receptoras de flujos migratorios, pues en los años 90 solamente arribaban en la temporada del año señalada por el incremento de las necesidades de trabajo.

3. LOS SECTORES ECONÓMICOS RURALES Y EL TRABAJO INMIGRANTE

Del conjunto de actividades económicas en las que se insertan los inmigrantes extranjeros en las zonas rurales, destacan seis que se conforman como sus principales mercados de trabajos (cuadro 2), los cuales ordenados de mayor a menor ocupación de inmigrantes, conformarían la siguiente relación: 1º) agricultura y ganadería; 2º) construcción; 3º) hostelería; 4º) industria manufacturera; 5º) comercio y reparación, y 6º) actividades de los hogares.

Esta primera observación nos está indicando, por un lado, la diversidad de mercados de inserción laboral de los inmigrantes rurales, los cuales no se reducen a la agricultura, tal y como ya habían venido

enfaticando diferentes autores (Morén-Alegret y Solana, 2004; Esparcia, 2002; García, 2003); y, por otro, que sus modalidades de ocupación responden a las nuevas realidades productivas rurales cada vez más diversificadas (Calatrava y Melero, 2003). De hecho, si agregamos la ocupación de inmigrantes extranjeros de las tres actividades de servicios señaladas (hostelería, comercio y actividades de los hogares), resultará que el empleo en el sector terciario es el principal grupo de actividad de la inmigración extranjera, en sintonía con los cambios hacia un predominio de los servicios en la estructura ocupacional de la economía rural (Calatrava y Melero, op. cit.).

Cuadro 2

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN OCUPADA INMIGRANTE POR TIPO DE HÁBITAT
DE RESIDENCIA Y ACTIVIDAD ECONÓMICA

% de personas	Total	Urbano	Intermedio	Rural
Agricultura y ganadería	11,17	2,95	16,47	22,84
Pesca	0,27	0,19	0,33	0,39
Industrias extractivas	0,19	0,04	0,18	0,47
Industria manufacturera	11,64	10,29	14,15	12,24
Producción y distribución de energía y agua	0,29	0,33	0,26	0,24
Construcción	17,25	18,00	17,21	15,82
Comercio y reparación	11,13	11,23	11,16	10,92
Hostelería	12,82	12,47	12,63	13,65
Transporte y comunicaciones	4,45	5,20	3,84	3,50
Intermediación financiera	0,94	1,14	0,83	0,65
Actividades inmobiliarias y servicios empresariales	6,63	8,04	5,48	4,81
Administración pública	1,52	1,55	1,38	1,57
Educación	3,01	3,54	2,40	2,46
Activid. sanitarias y veterinarias	3,15	3,64	2,72	2,53
Otras actividades sociales y servicios personales	2,72	3,04	2,48	2,31
Actividades de los hogares	12,74	18,23	8,44	5,55
Organismos extraterritoriales	0,08	0,12	0,04	0,04

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001.

(*) Para la definición de los diferentes hábitats se han utilizado las entidades singulares de población.

La inserción de los trabajadores inmigrantes rurales en los sectores de actividad señalados no ha de contemplarse como una foto estática, dada la intensa movilidad interocupacional que experimentan los inmigrantes a lo largo de su proyecto migratorio. Ha de tenerse en

cuenta la economía informal que se concentra en esos sectores de actividad, lo que los hace especialmente propicios a convertirse en las vías de entrada al mercado laboral cuando los inmigrantes recién llegados a territorio español se encuentran en situación de indocumentados y con pocos recursos sociales y económicos. Al sector formal de esos mismos sectores de actividad (o de otros) se accede posteriormente –a menudo en condiciones de precariedad–, cuando se obtiene la regularización de los permisos de trabajo y residencia, y/o cuando se dispone de mayores recursos sociales y económicos (contactos, información, conocimiento del idioma, vivienda, ahorros, etc.).

En los siguientes subapartados se presta atención a cada uno de los mencionados sectores de actividad. Se analizan las transformaciones estructurales en los mercados de trabajo rurales y en las relaciones de producción, relacionándolas con el recurso a la movilización de trabajo inmigrante; se atiende a los perfiles y funcionalidad de los ocupados inmigrantes en los diferentes sectores; y, finalmente, se destacan algunas dinámicas de cambio que se observan en estos mercados rurales de trabajo, con la inserción de estos nuevos trabajadores.

3.1. La centralidad de la relación salarial en la agricultura y su etnificación

De los seis sectores de actividad privilegiados por la inserción laboral de los inmigrantes en las zonas rurales, la agricultura y ganadería supone el mercado de trabajo que más efectivos ocupa (cuadro 2).

La investigación social tempranamente se interesó por el fenómeno de la integración de trabajadores inmigrantes durante la década de los 80 en la expansiva agricultura intensiva de frutas y hortalizas en fresco a lo largo de la vertiente mediterránea. Esta agricultura globalizada y especializada en atender las nuevas demandas alimentarias de las clases medias urbanas europeas, se ha caracterizado por unas relaciones sociales de producción prototípicas de un régimen empresarial y dependiente de la movilización cuantiosa de trabajo asalariado. La expansión de esta agricultura empresarial y salarial se produce entre 1986 con la entrada de España en la entonces Comunidad Económica Europea y se consolida hacia 1993 con el Mercado Único Europeo. Es interesante retener ese período de tiempo, pues justamente el boom de los cultivos intensivos, con sus cuantiosas necesidades de trabajo asalariado, se produjo en un momento histórico en el cual las tradicionales bolsas de jornaleros de la España meridional se estaban desactivando mediante su trasvase a otros sectores económicos en rápido crecimiento en el contexto de la moder-

nización económica de aquellos años (fundamentalmente construcción, hostelería turística u otros). Esta carencia de mano de obra, además, presionaba para incrementar los salarios, en un sector como el agrícola en el que los estrechos márgenes de ganancia tornan estratégica la contención de los costes laborales. La fuerza de trabajo aportada por las migraciones internacionales a las agriculturas intensivas mediterráneas solventó ese problema de escasez de mano de obra, al tiempo que posibilitó unas relaciones de empleo eventuales y de bajos salarios. Para las estrategias de supervivencia de los trabajadores inmigrantes, estas agriculturas intensivas ofrecen diferentes atractivos, ya que se trata de sistemas de producción muy requerientes de mano de obra asalariada, que además han seguido una lógica de desestacionalización de los cultivos (gracias a diferentes innovaciones técnicas y organizacionales), lo cual posibilita un ciclo anual de trabajo (al menos en las regiones del sureste, y en las orientaciones de frutas y hortalizas para mercados de fresco).

Esta proliferación de estudios sobre la inserción de trabajadores inmigrantes en los mercados laborales de las agriculturas intensivas, indica que el primer patrón de asentamiento de inmigrantes en el mundo rural español tuvo lugar fundamentalmente en la vertiente mediterránea y en la costa gaditana-onubense. Este fenómeno ha sido bien estudiado en los diferentes contextos geográficos: el cítrico valenciano (Avellá, 1991 y 1992; Avellá y Vega, 2002), la hortofruticultura alicantina, murciana y almeriense (Roquero, 1996; Pedreño 1998, 1999 y 2000; Segura, Pedreño y De Juana, 2002; Sempere, 2002; Checa 1995 a y b; Martín y otros, 2001; Martín 2002), la recogida de la fresa en Huelva (Gualda y Ruiz, 2004), y en general, el trabajo en las nuevas agriculturas de la costa gaditana-onubense (Cruces Roldán y Martín 1997; Martín y Pérez de Guzmán, 2005; Gualda y Ruiz, 2004); la recolección de la aceituna en Jaén (Martínez Chichón, 2004).

Posteriormente, tuvo lugar una progresiva dispersión del trabajo inmigrante hacia las agriculturas del interior. En un primer momento, varias investigaciones (Checa, op. cit. y Pedreño, 1999) captaron una circulación itinerante de trabajadores inmigrantes siguiendo los ciclos de las diferentes cosechas por el territorio español. Posteriormente, algunos de estos trabajadores itinerantes irán asentándose conforme se aseguran la posibilidad de trabajo agrícola y extraagrícola a lo largo de todo el año, mientras que otros continuarán con esta concurrencia itinerante. Atendiendo al mapa de la población inmigrante rural según su ocupación por Comunidad Autónoma (mapa 2), observamos que junto con las concentraciones de tra-

bajo inmigrante en determinadas agriculturas mediterráneas (Murcia, Andalucía, y en menor medida la Comunidad Valenciana), otras agriculturas del interior también reclutan significativos porcentajes de población inmigrante, destacando el caso de Extremadura, pero también La Mancha, las regiones del Valle del Ebro o Castilla-León.

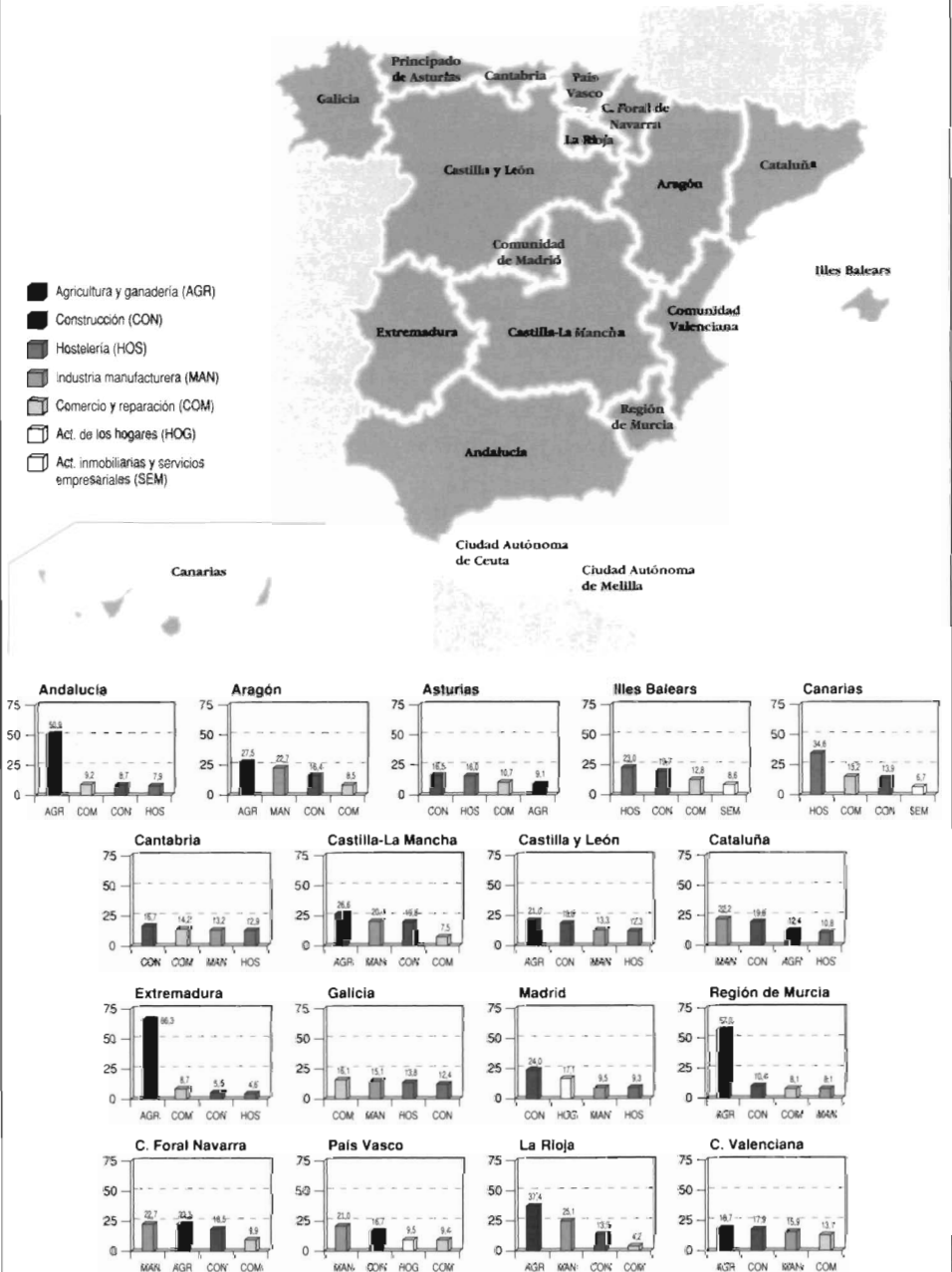
Este protagonismo creciente del trabajo de los inmigrantes en las diferentes agriculturas regionales, debe vincularse a las transformaciones del trabajo experimentadas por la agricultura española, según las cuales se ha pasado de una agricultura tradicionalmente sostenida por el trabajo familiar a una agricultura salarial, es decir, que recurre principalmente a trabajo externo asalariado (Etxezarreta, 1994). Esta importancia de la relación salarial se debe, por un lado, a lo que la sociología rural ha llamado el proceso de desvinculación de la familia de las explotaciones agrarias, con la consiguiente individualización de las antaño explotaciones familiares, y el recurso al trabajo asalariado en sustitución del familiar (González y Gómez Benito, 2002; Arnalte y Camarero, 2006) (4), y, por otro, al protagonismo de las grandes y medianas empresas con poderosas economías de escala, tal y como se aprecia en el complejo de frutas y hortalizas para fresco que se ha venido desplegando a lo largo de la costa mediterránea (Pedreño, 2003).

El sector de la agricultura y ganadería define el mercado laboral donde mayormente se concentra una buena parte (casi la mitad de los efectivos) de la inmigración (masculina) marroquí y ecuatoriana (véase cuadro 3). Los diferentes estudios de casos muestran una cierta tendencia a la sobreconcentración del colectivo marroquí en las tareas de jornalero agrícola (Checa, 1995 para el caso almeriense; Pedreño, 1999b para el caso murciano, y Barbolla, 2001 para el caso extremeño), aunque en las regiones levantinas, comparte protagonismo con el colectivo ecuatoriano (Castellanos y Pedreño, 2001; Sempere, 2002). Los colectivos rumanos y búlgaros también tienen una presencia significativa en el sector agrícola, pero en

(4) Es interesante la investigación de Martín y Pérez de Guzmán (2005) que contrasta dos estrategias diferentes en relación a la contratación de mano de obra inmigrante en la agricultura gaditana, según el grado de vinculación familiar/individualización de la explotación. Por un lado, las explotaciones de cítricos en Jimena de la Frontera, las cuales no se conciben como empresas familiares (y siquiera los agricultores titulares lo son a tiempo completo), y en ausencia de mano de obra jornalera local (dada su inserción en la dinámica economía turística y constructora de la Costa del Sol), se han visto impelidas a recurrir a trabajadores inmigrantes. Y, por otro lado, la producción de flor cortada en Chipiona, donde «la estrategia es muy diferente: para llevar a cabo las tareas necesarias se recurre en exclusiva a los miembros de la familia, evitando en lo posible la contratación de mano de obra ajena al grupo doméstico. La forma de evitar la contratación de mano de obra asalariada es muy sencilla: consiste en ajustar las dimensiones del invernadero a los recursos humanos disponibles» (Martín y Pérez de Guzmán, op. cit.: p. 43).

Mapa 2

Población inmigrante rural, según su ocupación y por Comunidad Autónoma de residencia (*)



Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001.

(*) Para la definición de hábitat rural se han utilizado las entidades singulares de población menores de 10.000 habitantes.

Cuadro 3

OCUPACIÓN DE DIFERENTES COLECTIVOS INMIGRANTES ASENTADOS EN ZONAS RURALES POR ACTIVIDAD ECONÓMICA (*)

% de personas	Marruecos			Ecuador			Colombia			Rumanía			Bulgaria		
	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer
Agricultura y ganadería	44,6	47,7	23,9	35,8	42,4	24,9	12,0	18,2	6,5	31,0	34,8	21,6	30,7	35,1	20,6
Pesca	0,4	0,4	0,2	0,1	0,1	0,1	0,2	0,2	0,2	0,1	0,1	0,1	0,2	0,3	0,1
Industrias extractivas	0,2	0,2	0,0	0,2	0,3	0,0	0,1	0,1	0,1	0,4	0,5	0,1	0,3	0,4	0,2
Industria manufacturera	11,4	11,3	11,8	12,5	14,0	10,1	10,0	12,5	7,8	17,1	17,5	16,1	15,9	16,8	13,7
Producción y distribución de energía y agua	0,2	0,2	0,1	0,2	0,2	0,1	0,2	0,4	0,1	0,2	0,3	0,1	0,1	0,1	0,1
Construcción	19,3	21,6	4,1	16,0	24,7	1,6	17,7	34,8	2,5	20,4	27,3	3,6	19,9	27,4	2,7
Comercio y reparación	8,8	8,2	13,5	7,7	7,0	9,0	9,6	8,9	10,2	7,3	7,0	8,1	7,3	6,7	8,8
Hostelería	6,6	5,0	17,3	7,8	4,6	13,0	19,3	12,0	25,8	8,1	4,3	17,4	9,5	4,5	21,0
Transporte y comunicaciones	1,4	1,4	1,2	2,0	2,3	1,4	2,2	3,0	1,6	3,0	3,7	1,3	3,1	4,0	1,2
Intermediación financiera	0,1	0,1	0,3	0,2	0,2	0,4	0,4	0,3	0,5	0,2	0,1	0,3	0,3	0,2	0,4
Actividades inmobiliarias y servicios empresariales	1,3	0,9	3,8	1,7	1,2	2,6	4,0	3,0	5,0	1,8	1,1	3,4	1,8	1,2	3,2
Administración pública	1,0	0,8	1,7	0,7	0,5	0,9	1,4	1,2	1,5	0,9	0,8	1,0	0,9	0,8	0,9
Educación	0,4	0,3	1,0	0,4	0,2	0,8	1,2	0,8	1,6	0,6	0,5	0,9	0,7	0,5	1,3
Actividad: sanitarias y veterinarias	0,7	0,3	3,3	1,8	0,5	3,9	3,1	1,3	4,8	1,1	0,4	3,0	1,4	0,4	3,8
Otras actividades sociales y servicios personales	1,0	0,9	1,8	1,0	0,7	1,6	2,1	1,7	2,4	0,9	0,7	1,4	0,9	0,7	1,5
Actividades de los hogares	2,5	0,6	15,9	11,9	1,1	29,6	16,5	1,7	29,7	6,9	0,9	21,5	6,8	0,9	20,6
Organismos extraterritoriales	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001.

(*) Para la definición del hábitat rural se han utilizado las entidades singulares de población menores de 10.000 habitantes.

menor cuantía, aunque parecen tener un peso privilegiado en las agriculturas de ciertas zonas geográficas, como por ejemplo los búlgaros en las comarcas agrícolas valencianas de la Sabor, la Costera o la Canal de Navarrés (Viruela, 2003) o los rumanos en la recogida de cítricos en la provincia de Castellón, de la cereza en el valle del Jerte, o en las comarcas aragonesas de la Litera y del Bajo y Medio Cincal, de la fruta en Lleida o el champiñón en La Rioja, en las explotaciones agrarias del valle del Duero y en Tierra de Campos (según la exhaustiva compilación de Viruela, 2006).

Como muestran diferentes investigadores, los empleadores han utilizado estas diferenciaciones etnonacionales para segmentar el mercado laboral agrícola, incentivando la competencia interétnica con el fin de disciplinar la mano de obra y contener los salarios: entre ecuatorianos y marroquíes en la agricultura murciana (Castellanos y Pedreño, 2001; Pedreño 2001), entre europeos del Este y marroquíes en los invernaderos hortícolas de Almería (Martínez Veiga, 2001; Viruela, 2006) o entre mujeres del Este (búlgaras, rumanas y polacas) y marroquíes en la recogida de la fresa en Huelva (Gualda y Ruiz, 2004). También los propios colectivos inmigrantes han utilizado la etnicidad como estrategia para ganarse «la estima de los hombres» y de los empleadores frente a «los otros» (5).

Esta competencia en el mercado laboral ha generado una jerarquización etnicista de las aptitudes laborales, donde unos colectivos están sobrevalorados (europeos del Este) y otros infraestimados (marroquíes), ocupando los latinoamericanos una posición inter-

(5) «La estima de los hombres» es una expresión de Pascal citada en Bourdieu (1999). Las diferencias establecidas por la sociedad dominante que jerarquizan y segmentan étnicamente a los colectivos de inmigrantes se fundamentan en esencialismos, los cuales cooperan en la asignación de los lugares ocupacionales y vitales que corresponden por su naturaleza o cultura a unos u otros colectivos. Como Bourdieu observó agudamente, «el mundo social es esencialista, y uno tiene tantas menos posibilidades de evitar la manipulación de las aspiraciones y las expectativas subjetivas cuanto más privado simbólicamente, menos consagrado o más estigmatizado esté y, por lo tanto, peor situado en la competencia por «la estima de los hombres», como dice Pascal, y condenado a la incertidumbre sobre el propio ser social, presente y futuro, que constituye la medida del poder o la impotencia» (Bourdieu, 1999: p. 315). Por ejemplo, la diferenciación esencialista marroquíes / ecuatorianos que hemos investigado en el campo murciano (Castellanos y Pedreño, 2001; Pedreño y otros, 2005) estructura fuertemente las relaciones sociales interétnicas. En la competencia por «la estima de los hombres» ambos colectivos saben de sus pocas bazas en «la lucha simbólica por el reconocimiento», pero también se saben rivales, pues como acertadamente observara Bourdieu, estas disputas por el reconocimiento implican «una competencia por un poder que sólo puede obtenerse de otros rivales que compiten por el mismo poder, un poder sobre los demás que debe su existencia a los demás, a su mirada, a su percepción y su evaluación» (Bourdieu, *op. cit.*: 318).

Es muy ilustrativo de esta cuestión relativa al papel de la etnicidad en la estructuración segmentada de los mercados laborales, el estudio sobre los trabajadores agrícolas bolivianos en el cinturón hortícola de Buenos Aires (Argentina) realizado por Benencia y Quaranta (2006), quienes muestran que los bolivianos ya nacionalizados como argentinos, e inclusive sus propios hijos nacidos en territorio argentino, prefieren seguir presentándose como «bolivianos» ante los empleadores, a sabiendas de que tal marca étnica equivale a trabajo duro y disciplinado, es decir, los atributos inversos que los empleadores atribuyen a los trabajadores argentinos (que son calificados de poco disciplinados, propensos a reivindicar derechos, etc.).

media de «preferidos». Sirva como ilustración de esta lógica, el estudio de Viruela (2002: 253): «En la provincia de Castelló, la rápida incorporación de los rumanos (un tercio de la mano de obra extranjera) en diferentes sectores de actividad ha frenado el trasvase sectorial de otros grupos, que han quedado relegados a los trabajos más penosos y peor considerados socialmente. Así, en opinión del secretario de la *Unió de L'auradors i Ramaders*, los norteafricanos «están condenados a los trabajos más duros, más rústicos, al sector agrario, en tareas de recolección en la agricultura de regadío litoral, en las granjas de cerdos y pollos de municipios del interior, que es una actividad muy desagradable y sacrificada, a la que hay que dedicar incluso los sábados y domingos» ... En un mismo sector de actividad, los trabajadores realizan tareas distintas según la nacionalidad. Por ejemplo, en la agricultura cuando están juntos magrebíes y europeos del Este, «el puesto de cierta responsabilidad se ofrece antes a un rumano que a un árabe» (*Unió de L'auradors i Ramaders*)».

Esta dinámica de movilización de trabajadores inmigrantes en las diferentes cosechas ha generado un cambio sustancial en la naturaleza social del mercado de trabajo agrario. Por paradójico que a priori pueda parecer, en estos momentos, la agricultura resulta entre todos los sectores de actividad rural –tal vez junto con el sector de la construcción–, el que tiene un mercado laboral menos «local». Esta desterritorialización de su mercado de trabajo se debe a tres procesos concurrentes:

- 1.º Los jornaleros agrícolas son crecientemente inmigrantes extracomunitarios, hasta el punto de haberse conformado un mercado de trabajo vinculado a los flujos de las migraciones internacionales. Este es un mercado laboral que ha consolidado un proceso de etnificación del trabajo (Wallerstein, 1991), es decir, es un sector de actividad que se le representa socialmente como de y para inmigrantes –según una lógica acertadamente conceptualizada por Liliana Suárez (1998) como de «racialización de la agricultura»–.
- 2.º Una parte de los nuevos trabajadores agrícolas inmigrantes suministrados por las migraciones internacionales no residen en las localidades rurales, sino que a menudo se desplazan desde núcleos urbanos en un movimiento diario de carácter pendular. Las ciudades y los núcleos intermedios a menudo posibilitan más oportunidades laborales y/o un mercado de viviendas en alquiler más denso, lo que inclina a los trabajadores inmigrantes a residir en la ciudad y desplazarse a diario a trabajar en los campos. La prolife-

ración de intermediarios laborales (furgoneteros, enganchadores, empresas de servicios, ETT) fortalece esta estrategia (6).

- 3.º La estacionalidad de muchas cosechas agrícolas determina una oferta de trabajo concentrada en un estrecho período de tiempo, lo cual hace que se recurra a flujos laborales extralocales. En las localidades rurales de estas agriculturas de acusada estacionalidad, es característico el aluvión de inmigrantes que desembarca en sus calles y campos a lo largo de las semanas de la temporada de recolección, a menudo viviendo en campamentos improvisados, y que altera radicalmente de forma más o menos conflictiva el fluir cotidiano de esos pueblos mientras dura la cosecha: la vendimia en Hellín u otros pueblos manchegos, la recogida del ajo en Las Pedroñeras, la recogida de la oliva en Jaén, el tabaco en Talayuela (Cáceres) o la temporada de la fruta en Lleida, son algunos ejemplos de este tipo de fenómeno. La proliferación en la agricultura de contratistas u otras formas de intermediación laboral apuntala esta movilidad. Es un trabajador itinerante muy difícil de captar por las fuentes estadísticas oficiales, dada su intensa movilidad espacial (7).

La movilidad territorial articula la estacionalidad, eventualidad y segmentación étnica en la que desenvuelven su trabajo diferentes colectivos inmigrantes, pero la misma se ordena dentro de configuraciones familiares que la posibilitan. García Borrego y Camarero (2004) apuntan una sugerente hipótesis relativa a las estrategias

(6) *Ello ha hecho que en las ciudades de las regiones con un cuantioso mercado laboral agrícola hayan aparecido lugares específicos, normalmente plazas o también ciertas calles que por su posición estratégica en la trama urbana en cuanto a su accesibilidad sirven de nodos entre el espacio de residencia de los inmigrantes y el espacio de trabajo en los campos de la agricultura intensiva. En esos lugares cada mañana se concentran los trabajadores inmigrantes para ser reclutados, seleccionados y transportados hacia los campos por las furgonetas de los contratistas o los autobuses de las empresas agrícolas, a modo de auténtica «plaza manchesteriana» (o quizás sería más acertada la comparación con la plaza de los pueblos de la campiña latifundista andaluza o extremeña donde concurrían los jornaleros a reclutar jornaleros). Sirva de ilustración la ciudad de Albacete, donde cada mañana los inmigrantes jornaleros se concentran a esperar que los recojan los empleadores o los contratistas en «los fielatos», puntos de encuentro situados en las diferentes entradas de la ciudad, identificados simbólicamente por tratarse de lugares en los cuales durante los años de posguerra se ejercía el control de la entrada de alimentos racionados; y también el caso de la Región murciana, donde tenemos documentado este fenómeno en diferentes ciudades –la plaza Bastarveche en Cartagena, la plaza del Óvalo en Lorca o la gasolinera de El Rollo en Murcia (Pedreño, 2005)–.*

(7) *Como advierte la investigación de Mora Aliseda (2002) para el CES de Extremadura: «hay que explicar que el uso de cauces migratorios entre compatriotas contribuye a concentrar el registro de residencia legal de determinados colectivos de inmigrantes, sobre todo de la inmigración marroquí, en determinadas áreas, más allá de la oferta real de empleo existente en las mismas. Pero la enorme movilidad de los inmigrantes invalida estos datos oficiales de localización. Así, sólo en Talayuela y Navalnoral de la Mata [se trata del área de cultivo de tabaco en Cáceres, que recibe durante los meses de recolección un cuantioso número de jornaleros inmigrantes marroquíes; véase al respecto el detallado estudio de Barbolla (2001), y también el más antiguo de Baigorri (1994)] había más de 6000 inmigrantes empadronados a fecha de marzo de 2002, 5.355 de ellos marroquíes, pero no todos residen habitualmente en el municipio» (p. 126).*

transnacionales de las familias de jornaleros marroquíes en cuando fórmula para gestionar la maraña de tensiones, inestabilidades, segmentaciones, presiones competitivas de otros colectivos inmigrantes y requerimientos de movilidad, inducida por el mercado de trabajo agrícola: «la clave del modelo se encuentra en la cercanía geográfica entre Marruecos y España, que actúa como un colchón que permite amortiguar las duras condiciones laborales y la situación de competencia en mercados de trabajo donde la segmentación por etnia relega a los marroquíes a una posición muy desfavorable. En una coyuntura difícil, siempre es posible retirarse al lugar de origen, o re-emigrar (p. 182) ... En las familias marroquíes del medio rural que aportan emigrantes se reproduce así la división por género: mientras que el varón trabaja como temporero en España, la mujer permanece con los hijos en Marruecos, en el ámbito de la economía campesina precapitalista. El modelo migratorio es sostenible en la medida en que amplios sectores de la sociedad de ese país mantienen las pautas patriarcales tradicionales de reparto de actividades (p. 187)».

3.2. Las redes de la subcontratación en la construcción y su apertura a la inmigración rural

El sector de la construcción ha sido una de las alternativas privilegiadas en el medio rural para transitar hacia su progresiva desagrarización, como mostró Oliva (1995) estudiando el caso manchego. De hecho, es uno de los sectores de actividad que han propiciado la diversificación del empleo rural. Según los datos aportados por Calatrava y Melero (2003:116), en el conjunto de los municipios rurales españoles entre 1995 y 1998 surgieron cerca de 9.600 empresas de construcción, lo cual supuso un incremento del 12,9 por ciento. En el contexto de esta expansión, hay que situar el hecho de que este sector se haya convertido en la actualidad en uno de los principales mercados de trabajo rurales que ocupan a extranjeros, aproximándose a los porcentajes de ocupación de las zonas urbanas e intermedias (cuadro 2).

Las empresas de la construcción son hoy auténticas organizaciones ramificadas –con un acentuado sentido jerárquico o piramidal–, según una lógica que con rigor podríamos denominar «empresared». Esta lógica reticular se explica por las cadenas de subcontratación que configuran o dan forma organizativa a la realidad de este sector de trabajo.

El estudio de Jesús Oliva y María José Díaz (2005) aporta informaciones precisas para comprender el desmembramiento de este sec-

tor: «La estructura empresarial del sector adquiere una forma piramidal. En la cúspide, apenas una decena de grandes holdings, participados por los grandes grupos bancarios, obtienen la mayoría de las adjudicaciones de obra pública y mantienen plantillas de miles de trabajadores. Los escalones centrales de este zigurat albergan una mayor variedad de empresas medianas, con plantillas de centenares de trabajadores y que desarrollan su actividad en el ámbito de la vivienda y edificación, o bien se han especializado en fases concretas del proceso productivo o ámbitos regionales concretos. La base se extiende sobre un inmenso grupo formado por decenas de miles de pequeñas empresas que emplean menos de 50 trabajadores y subcontratan fragmentos de los proyectos a las anteriores, o bien realizan pequeñas promociones o concurren en los concursos de obra pública locales. Finalmente, un segmento formado por cientos de miles de trabajadores autónomos completamente subordinado a los anteriores. Estos tramos se hallan encadenados mediante relaciones de subcontratación «en cascada», de forma que se traslada siempre hacia la base toda la incertidumbre del proceso productivo (encarecimiento de los costes por imprevistos, la previsión de los plazos, la anticipación del trabajo, etc.)» (p. 129).

Más de la mitad del trabajo del sector de la construcción es realizado por decenas de miles de pequeñas empresas y autónomos. Esta es la base de la pirámide del sector. Es aquí donde aparecen las cuadrillas polivalentes o especializadas que operan de forma subsidiaria sobre una variopinta diversidad de tareas. Es también en este estrato de trabajadores de las subcontratas –la base de la pirámide– donde se concentran las prácticas de economía informal y las irregularidades laborales propias del sector, concretamente el pago a destajo, las largas jornadas laborales y la ausencia de contrato.

Estas cuadrillas se desplazan –inclusive en ocasiones largas distancias– desde las zonas rurales hacia los centros urbanos de mayor dinamismo inmobiliario (grandes o medianas ciudades, zonas costeras, o inclusive en las propias zonas rurales que en los últimos años resultan atractivas para el desarrollo de segundas residencias y/o para el turismo residencial), y por tanto de mayores necesidades de trabajo en las obras. El estudio de Oliva y Díaz (2005) da cuenta de una densa red de desplazamientos diarios de miles de trabajadores (entre diez y quince mil), desde los pueblos rurales manchegos a «los tajos» de Madrid, la cual funciona de forma verticalizada al estar organizada por los intermediarios o *pistoleros*, quienes reclutan y suministran de trabajo a las grandes constructoras. Son estos *pistoleros* quienes cada vez más recogen en sus furgonetas a trabajadores inmigrantes. Inclu-

sive entre los propios inmigrantes, ya hay quienes empiezan a ejercer de reclutadores e intermediarios según una lógica de etnificación del contratista (que también encontramos en la agricultura).

Para los inmigrantes, el poder acceder a trabajar en la construcción es un paso adelante en su proyecto migratorio, que le aleja de los trabajos en la agricultura, sentidos como más ingratos, inciertos y denostados. Como expresan los inmigrantes en las entrevistas cualitativas aportadas por Manuel Muñoz y colaboradores (2005) en su estudio sobre la inmigración en los mercados laborales manchegos: «yo trabajé un día en la vendimia y dije no vuelvo»; «la agricultura no es permanente, no hay faena, ya se ha acabado la faena y hasta verano no hay nada» (99-100). En definitiva, son muchos los inmigrantes que abandonan el trabajo en el campo para trabajar en la construcción –como hicieron hace treinta años los jornaleros y campesinos españoles como parte de su estrategia de desagrarización ocupacional (Oliva y Díaz, op. cit.)–, aunque no todos los colectivos inmigrantes parecen tener las mismas posibilidades de acceso a este mercado laboral. Los inmigrantes ecuatorianos, por ejemplo, han tenido una mayor facilidad de entrada que los marroquíes. Así, los ecuatorianos de Totana (Murcia) estudiados por Pedone (2006): «en un primer momento, las redes migratorias construidas en Totana, realizan contactos con el sector de la construcción como una manera de optar a un trabajo que supusiera una mejora económica o que constituyera una alternativa laboral a la agricultura como actividad estacional e inestable. Así, en ocasiones, las cuadrillas organizadas para el campo también se ofrecían para empresas constructoras que realizaban desplazamientos regionales y nacionales» (p. 291).

Como se observa en el cuadro 3, los colectivos de inmigrantes rurales que mayormente están ocupados en la construcción son los rumanos y búlgaros, le siguen los colombianos y ecuatorianos, y finalmente los marroquíes. Esta escala de mayor a menor parece reflejar, al igual que se veía en la agricultura, el papel que está jugando la etnicidad en la estructuración del trabajo en la industria de la construcción. La investigación con métodos cualitativos ha revelado que los empleadores apelan a las «diferencias culturales» entre los colectivos de trabajadores extranjeros para argumentar sus preferencias en la contratación con criterios étnicos, e inclusive para legitimar una clasificación de las aptitudes y cualificaciones laborales según la nacionalidad de origen del inmigrante, la cual se basa en estereotipos que permiten generalizaciones que privilegian a unos tipos de inmigración frente a otros. Así, los estereotipos atribuyen abusivamente a los inmigrantes de países de Europa del Este, un alto grado

de cualificación generalizado, como muestra un minucioso trabajo del Colectivo Ioé (1998) sobre la presencia de inmigrantes en el sector de la construcción. Los autores de este estudio observan que un peón rumano, polaco o búlgaro (por citar las tres nacionalidades con mayor presencia) tiene muchas más posibilidades de acceder a mejores puestos en el sector de la construcción que uno marroquí, puesto que se les supone un mayor grado de cualificación debido a sus títulos escolares, y los capataces les permiten manejar maquinaria, adquirir conocimientos técnicos, asumir tareas de cierta responsabilidad, etc. Por el contrario, un peón marroquí será más fácilmente relegado a tareas subordinadas y peor pagadas, por mucho que tenga varios años de experiencia, forma real de cualificarse en ese sector en el que, como en muchos otros, la cualificación no pasa en absoluto por el sistema educativo reglado.

Esta clasificación de los trabajadores inmigrantes según estereotipos que distribuyen diferentes grados de cualificación laboral en función de la nacionalidad de origen, no hace sino reproducir la estructura de distribución del valor social de los diferentes tipos de inmigración: bajo capital simbólico en el caso de los marroquíes, alto en el caso de los europeos del Este, etc.). Estos criterios etnicistas están sustituyendo a las viejas prácticas «artesanales» de distribución de la cualificación y desarrollo del aprendizaje basadas en la transmisión «del maestro al aprendiz». En la medida que las transformaciones del sector hacia la subcontratación en cadena, la intensificación de los ritmos basados en el destajo y la informalización de la relación de empleo, han cancelado los esquemas organizacionales de tipo artesanal, en su lugar se están imponiendo criterios clasificatorios de carácter etnicista. El marcador étnico acabaría siendo un recurso relevante a ojos del empleador para presumir la cualificación de un determinado trabajador.

3.3. Los fenómenos de industrialización rural y los contextos locales de inserción de inmigrantes

Los procesos de industrialización rural han sido objeto de atención en las últimas décadas por parte de los analistas sociales, a menudo como un importante indicador de la diversificación económica que ha conllevado la reestructuración rural (Calatrava y Melero, 2003; Méndez, 1994), adoptando diferentes modalidades: a) en forma de sistemas locales de producción (también denominados distritos industriales) (Benko y Lipietz, 1994); b) como resultado de procesos de descentralización y externalización productiva, que han trasladado a las zonas rurales sus unidades productivas más intensivas en

mano de obra como estrategia de contención de costes laborales y de obtención de disciplina del trabajo (como «la cadena de montaje en el territorio» para la fabricación del coche VW Polo que se despliega desde Pamplona dispersándose por todo el interior de Navarra, hasta adentrarse en las pequeñas localidades de Soria, donde Castillo y López (2005) se topan con «las mujeres al final de la cadena» entregadas al montaje del cableado del coche en unas condiciones de trabajo muy degradadas); c) las conocidas formas de economía sumergida y/o de trabajo a domicilio en sectores tradicionales como el textil o el calzado (San Miguel, 2000; Ybarra, Hurtado y San Miguel, 2001); y d) la irrupción de industrias de nuevas tecnologías que han buscado su localización en los espacios rurales atendiendo a la mayor calidad de vida de estos entornos (Méndez y Caravaca, 1996). Sea como fuere, lo cierto es que la dinámica de industrialización rural se ha desplegado a través de procesos muy diferenciados: «Analizando la composición del conjunto de empresas manufactureras rurales por subsectores de actividad, comprobamos que los que tienen una mayor representación empresarial por orden descendente son los de alimentación, metalurgia y productos metálicos, madera, corcho y papel, confección y textil» (Calatrava y Melero, 2003: p. 119).

También los estudios realizados han mostrado que estas formas de industrialización han generado mercados de trabajo altamente flexible y de salarios bajos, y en los que ha sido relativamente frecuente la búsqueda de trabajadores vulnerables, especialmente mujeres y jóvenes. Estas estrategias, además, se habrían intensificado en los últimos años dadas las tensiones competitivas introducidas por la reestructuración global de la economía, las cuales estarían presionando al sector manufacturero, especialmente al más maduro y tradicional, para afrontar estos tiempos difíciles mediante formas diversas de flexibilidad salarial, subcontratación y fragmentación del trabajo, cuando no directamente la economía sumergida. La disponibilidad de trabajadores vulnerables se habría convertido en un sostén fundamental de la nueva norma de competitividad.

La mano de obra inmigrante está encontrando en estos sectores industriales rurales un buen número de puestos de trabajo en los que insertarse. Y a la inversa, también para las estrategias patronales el recurso al trabajo inmigrante empieza a ser frecuente. Como se observa en el cuadro 2, la industria manufacturera es un mercado de trabajo que en las zonas rurales tiene una presencia muy significativa de ocupados extranjeros, por encima inclusive de las zonas urbanas. De los colectivos de inmigrantes estudiados (cuadro 3), en este

sector de actividad despuntan significativamente los inmigrantes rumanos y búlgaros. Algunos estudios de caso revelan el porcentaje importante de estos colectivos en el sector manufacturero, por ejemplo, Viruela (2002 y 2003) en sus trabajos sobre lo que llama «la rumanización de la inmigración que recibe Castellón» señala que los trabajadores (varones) rumanos están encontrando oportunidades laborales en la importante industria local de la cerámica, así como en el calzado.

Por Comunidades Autónomas (mapa 2), los ocupados inmigrantes en la industria manufacturera rural destacan en: 1º) La Rioja, Aragón y Navarra. Estos datos están mostrando la importancia de la ocupación inmigrante en la industria agroalimentaria del valle del Ebro que estaría desplazando a las mujeres locales. En la Ribera navarra, el asentamiento de inmigrantes es detectado por Oliva y Camarero (2002): «afluye desde los años ochenta y se circunscribe al desarrollo agroindustrial y la intensificación agraria en la Ribera (concentraciones, regadíos, conserveras, congeladoras, ...). En algunas localidades han logrado vincularse de forma continuada a los ciclos de trabajo eventual y se han asentado» (p. 102), asentamiento que seguramente tiene que ver con la práctica social arraigada en este paisaje de «conexión de complementariedad entre el campo y la factoría vegetal» (p. 51); 2º) Cataluña y el País Valenciano, con sus densos entramados de sistemas locales de producción (textil, calzado, juguete, cerámica, agroalimentario, etc.; y 3º) el llamativo caso de Castilla-La Mancha, cuyo notable porcentaje de ocupados inmigrantes se explica por la tradicional y arraigada industria alimentaria, además de por el emplazamiento en esta región de grandes centros de ensamblaje, sucursales de producción y empresas de subcontratación, que se deslocalizaron a las localidades rurales buscando mano de obra barata y desde donde abastecen a la zona centro del país (Oliva, 1995; Calatrava y Melero, 2003).

En la industria rural, el proceso de incorporación de mano de obra inmigrante está siendo más paulatino, ambivalente y fragmentario, al contrario de lo que se observa en otros sectores de actividad, como la agricultura o la asistencia doméstica, que han conocido una rápida y generalizada etnificación de sus mercados laborales.

Efectivamente, en la industria rural no se observa, por ahora, una generalización geográfica del reclutamiento de trabajo inmigrante. Por un lado, encontramos fenómenos de industrialización rural que no recurren a este tipo de mano de obra, pues se bastan con el mercado local de trabajo para encontrar sujetos vulnerables. Por ejemplo, en la Cantabria rural, concretamente en el valle del Asón, la

investigación de Ansola, Corbera y Sierra (2005) sobre la reestructuración del grupo industrial Robert Bosch España Treto dedicada a la fabricación de alternadores compactos, muestra una estrategia empresarial de progresiva externalización del trabajo a una amplia red de proveedores, y en paralelo una degradación de las condiciones de trabajo, con la introducción del cuarto y quinto turno en la producción, «se trata de turnos de doce horas de fin de semana y festivos, soportados en su abrumadora mayoría por trabajadores vinculados a la empresa por una relación contractual casi siempre eventual» (p. 277). Esta relación de empleo precaria e intensiva en tiempo de trabajo habría sido cubierta por el mercado local, «se trata en lo esencial de jóvenes con un perfil bastante homogéneo y bien marcado: suelen rondar la veintena, residen en la cercanías de Treto, con relativa frecuencia han cursado estudios en los módulos de mecánica..., y además, en no pocos casos, son hijos de trabajadores que llevan ya veinte o treinta años en la fábrica...» (p. 277). Por el contrario, un ejemplo de industria rural que recluta cada vez más trabajadores inmigrantes extracomunitarios lo proporcionaría el caso del mueble en la ciudad-pueblo de Yecla, en la Región de Murcia (Pedreño, 2006). Aquí también se está experimentando un proceso de reestructuración industrial sobre la base de la fragmentación reticular del proceso productivo, una tendencia hacia la simplificación de tareas por la generalización de la tapicería y una intensificación de los tiempos. Como en el caso cántabro, se ha recurrido al mercado local en busca de jóvenes que acepten los nuevos cambios, pero en la medida que la mano de obra disponible ha sido insuficiente, ha optado por una progresiva incorporación de mano de obra inmigrante, especialmente de procedencia ecuatoriana, la cual ya supone casi el 10 por ciento del total de empleados en el distrito yeclano del mueble (sobre un total de unos cinco mil trabajadores distribuidos en más de cuatrocientas empresas de pequeño y mediano tamaño).

E inclusive, dentro de un mismo sector industrial, existen estrategias diferenciadas respecto al recurso a mano de obra inmigrante, como muestra el caso del textil. La investigación de Taboadela, Martínez y Castro (2005) sobre el sector textil-confección gallego ligado al fenómeno Zara, el cual ha experimentado «una importantísima reestructuración productiva, en el sentido de una intensa descentralización de la producción y subcontratación en unidades de producción más pequeñas» (p. 173-174), conectada con la disponibilidad de una mano de obra femenina rural, constata que no se está produciendo el recurso a la mano de obra inmigrante. «¿Por qué no

se produce esta tendencia en Galicia?» (p. 188), se preguntan estas autoras, para a continuación afirmar que «el mercado de trabajo en Galicia no ofrece tantas oportunidades como en otras zonas de España. En las zonas rurales, las alternativas de empleo para las mujeres son muy escasas; a la dificultad de mantener una explotación agropecuaria viable se une la ausencia de terciarización de la economía en el rural, lo que convierte el sector textil en una de las pocas fuentes de empleo para las mujeres» (p. 188-189). Por el contrario, en las regiones rurales mediterráneas en las que se extienden las tramas productivas del textil o del calzado, las investigaciones disponibles cartografían una progresiva incorporación de trabajadores inmigrantes, como en las actividades textiles del Valle de Ayora en la Comunidad Valenciana (Esparcia, 2002), o en el calzado de la zona alicantina del Vinalopó (Ybarra, San Miguel, Hurtado y Santa María, 2004).

Precisamente el emblemático caso del calzado alicantino, ejemplifica que la incorporación de mano de obra inmigrante a la industria rural sigue unas pautas muy diferentes en cuanto a ritmos y grados de generalización respecto a los que se han dado en otros sectores completamente etnicizados (como la agricultura). Así, Ybarra, San Miguel, Hurtado y Santa María (2004) observan que en el calzado «no se está produciendo una entrada masiva de trabajadores, ni cabe hablar de una sustitución de fuerza de trabajo local, ni tan siquiera como tendencia de futuro ... Ni el sector necesita de una mano de obra menos cualificada que aquella de la que ya dispone, y menos adaptada a las condiciones de trabajo locales, ni los propios inmigrantes parecen por el momento sentirse fuertemente atraídos por el calzado para establecerse definitivamente en él» (p. 130). Posteriormente precisan que la inserción de los inmigrantes en el calzado aparece de forma diferenciada según los contextos locales: «Respecto a Elda-Peter, el calzado de Elche parece más permeable a la entrada de trabajadores inmigrantes, sobre todo en la extensa red de talleres clandestinos o semiclandestinos» (p. 130-131).

El recurso a la mano de obra inmigrante extracomunitaria por parte de las industrias rurales adopta, por ahora, los contornos de una estrategia puntual pero sostenida en el tiempo, condicionada por la disponibilidad de mano de obra suficiente en el mercado local. En definitiva, las diferencias geográficas que se constatan relativas a la presencia-ausencia de mano de obra inmigrante en las industrias rurales, dependen de los contextos locales, siendo la variable determinante la disponibilidad o no de un mercado local de trabajo con una cuantía de efectivos suficientes para atender las necesidades de

empleo de estos sectores de fabricación en degradación (en cuanto a su relación salarial).

3.4. La expansión del empleo terciario y su importancia para la inmigración rural (femenina)

La expansión del empleo rural en el sector terciario es otro de los indicadores de la diversificación económica que están experimentando las zonas rurales en las últimas décadas, «traducido a número de empresas, en el conjunto de municipios rurales españoles entre 1995 y 1998 surgieron cerca de 19.600 empresas de servicios (aumento del 5,44 por ciento)» (Calatrava y Melero, 2003: 116).

Como se observa en el cuadro 2, el sector de actividad terciario se está convirtiendo en una fuente muy importante de empleo para los inmigrantes rurales, especialmente para las mujeres –sobre todo por contraste con los muy masculinizados mercados de trabajo de la agricultura y la construcción–. Los tres subsectores que destacan son (por orden de importancia de mayor a menor): la hostelería, comercio y reparación, y la actividad de los hogares.

La hostelería es un mercado de trabajo que ocupa a más extranjeros en las zonas rurales que inclusive en las zonas urbanas e intermedias, seguramente por el peso de las localidades turísticas del litoral (particularmente Canarias y Baleares –véase mapa 2–). Entre los diferentes colectivos inmigrantes estudiados (cuadro 3), destaca la presencia de colombianos, aunque más bien habría que hablar de colombianas. Se podría afirmar, observando los bajos porcentajes de empleo de mujeres colombianas en otros sectores de actividad, que cuando éstas trabajan en las zonas rurales, lo hacen casi exclusivamente en el sector terciario, y de forma importante en el subsector hostelero. En general para el conjunto de los colectivos inmigrantes, este mercado laboral tiende a ocupar a más mujeres que varones, lo cual indica una cierta feminización del mismo.

El comercio es otro mercado de trabajo rural importante para emplear trabajadores inmigrantes. Sigue, en este sentido, pautas de ocupación muy similares a las que rigen en las zonas urbanas e intermedias (cuadro 2).

Finalmente, el otro subsector a considerar es la actividad de los hogares, un mercado laboral muy feminizado. Aunque es un mercado de trabajo fundamentalmente urbano, sin embargo, se aprecia que también empieza a despuntar significativamente en las zonas rurales (cuadro 2), especialmente en las más próximas a grandes espacios urbanos, como muestran, entre otros, los casos de Madrid o el País

Vasco (8) (mapa 2). Por colectivos (cuadro 3), destacan sobremanera las mujeres latinoamericanas (ecuatorianas y colombianas); en segundo lugar, le siguen las mujeres búlgaras y rumanas, y finalmente, muy alejadas, las mujeres marroquíes. En esta escala ocupacional, parecen estar jugando un papel determinante los estereotipos y prejuicios asignados socialmente a los diferentes colectivos. Y esta especie de jerarquización etnicista establecida por la sociedad receptora, también estructura la inserción de las mujeres inmigrantes en el mercado laboral en función de su procedencia, atribuyendo a los diferentes colectivos de mujeres inmigrantes una serie de cualidades definidas de forma esencialista: las *bellas e inteligentes* mujeres de la Europa del Este, las *dulces y cariñosas* ecuatorianas o colombianas, las *extrañas y sometidas* mujeres musulmanas, etc. Estas imágenes a su vez contribuyen a conformar itinerarios laborales diferenciados, al generar verdaderos avales simbólicos sobre el grado de adecuación al desempeño de tareas que exigen determinadas cualidades. Ello genera, y particularmente en el subsector de la actividad de los hogares (aunque no solamente), una competencia entre las mujeres de los diferentes colectivos por ganarse la estima de los empleadores –como también veíamos anteriormente en el caso de los varones inmigrantes en la agricultura y construcción–. Esta competencia es especialmente intensa entre las mujeres latinas y las europeas del Este, pues ambas se saben «preferidas» en el mercado de las asistentes domésticas, lo cual implica estrategias discursivas y prácticas para elevar su valor social desconsiderando a las otras. Un ejemplo de esta competencia nos lo ofrece el material cualitativo recogido por Viruela entre las inmigrantes rumanas de Castelló: *«¿Sabes que pasaba al principio? Todos pensando: quiero una cubana, quiero una colombiana. Pero, después de un tiempo, todos se han enterado de que son más frías. [En cambio] las personas rumanas, si toman cariño a alguien, después le está cuidando como a su madre o a su padre. Yo he estado ayudando (cuidando) a un matrimonio y ellos lo primero de todo te preguntaban de dónde eres. Si decías rumana, ya sí... las chicas rumanas son más cariñosas, son más limpias,*

(8) Atendiendo a los datos ofrecidos por Lanbide (Observatorio del mercado de trabajo del País Vasco, 2004), la inserción laboral de la inmigración residente en el País Vasco sigue unas pautas de género bien definidas. Los cuatro colectivos mayoritarios (en orden de mayor a menor: portugueses, colombianos, marroquíes, y ecuatorianos) tienen una composición de género diferenciada: el masculinizado colectivo de portugueses y marroquíes; y el feminizado colectivo colombiano y ecuatoriano. Los inmigrantes varones trabajan en manufactura, construcción y agricultura; mientras que las mujeres en las actividades de hogar u otras actividades terciarias. Y esto se proyecta sobre el territorio, diferenciándose claramente dos polos contrapuestos de hábitat según género: las masculinizadas zonas agrícolas de la Rioja Alavesa, Valles Alavreses o Markina-Ondarroa (que contrata fundamentalmente a portugueses y marroquíes); y las más feminizadas concentraciones urbanas del Gran Bilbao y Gasteiz (donde encuentran opciones laborales terciarias las mujeres colombianas y ecuatorianas, y seguramente un buen número de las mujeres inmigrantes rurales del País Vasco que trabajan en el mercado de las actividades del hogar).

son más... todo a superlativo para las chicas rumanas» (María, rumana)« (en Viruela, 2002: p. 250). Las mujeres magrebíes y subsaharianas no solamente son menos numerosas –se trata de flujos migratorios aún muy masculinizados–, sino que además sufren con mayor intensidad los prejuicios de una sociedad estigmatizante.

En el siguiente apartado analizaremos con mayor detenimiento la tímida emergencia de este mercado de trabajo rural de las actividades del hogar.

4. FLORES DE OTRO MUNDO: GÉNERO E INMIGRACIÓN RURAL

La conocida película de Iciar Bollaín, *Flores de Otro Mundo* (1999), mostró la problemática de la masculinización de ciertas áreas rurales españolas, ante la cual, los varones solteros adoptan la estrategia de atraer de forma organizada a mujeres inmigrantes extranjeras para solventar el desequilibrio de género. La trama de la película es una reflexión de calado sobre el conflicto que viven estas mujeres al encontrarse en una sociedad que presiona hacia la reproducción de las tradicionales líneas de segmentación de género. En definitiva, la hipótesis de la película vendría a afirmar que las mujeres inmigrantes extranjeras que se están asentando hoy en el medio rural podrían estar sufriendo las mismas lógicas de imposición social de roles de género que han venido experimentando las mujeres autóctonas, en coincidencia con lo que ha mostrado una sólida tradición de estudios en sociología rural: «existe una fuerte presión social hacia la reproducción de los modos tradicionales de domesticidad femenina, alimentada tanto por la centralidad económica y social que la institución familiar conserva en el medio rural» (Little, 1997; en Oliva y Camarero, 2005: 25).

Según Oliva y Camarero (op. cit.), las mujeres autóctonas rurales, frente a esta imposición social de las pautas tradicionales de domesticidad femenina, han venido respondiendo con 1º) la emigración selectiva de las jóvenes, provocando la consecuente alta masculinización del medio rural); y 2º) con los desplazamientos pendulares diarios (commuting) «dentro de un campo gravitatorio conformado por la presión familiar–doméstico y las oportunidades laborales extralocales» (Oliva y Camarero, op. cit. p. 26).

La presencia, funcionalidad y dinámica de las mujeres inmigrantes extranjeras en el medio rural cabe comprenderse bajo ese prisma de hipótesis y resultados de investigación.

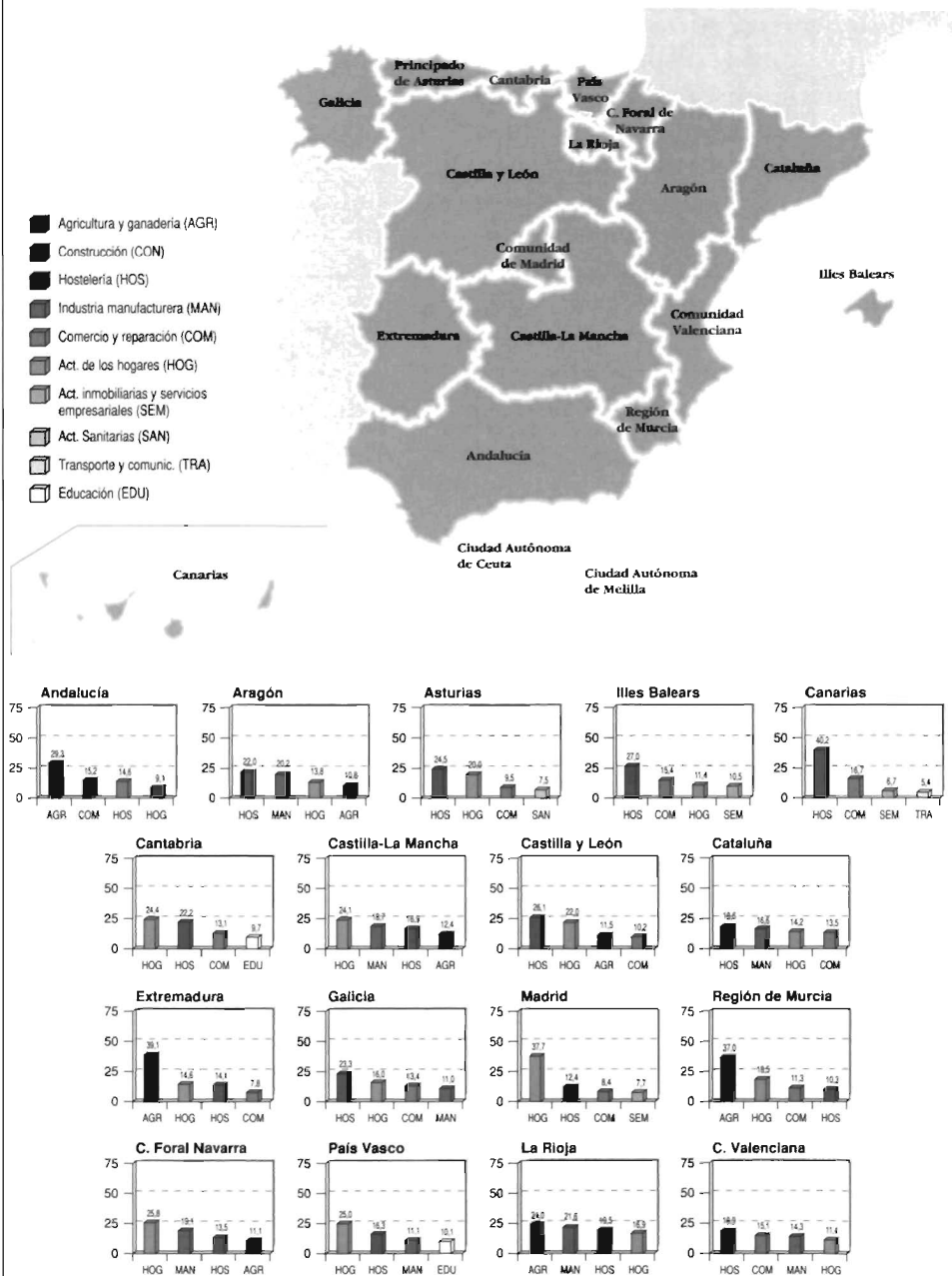
En primer lugar, como ya se vio anteriormente, se observa la consolidación de un asentamiento de mujeres inmigrantes en el medio

rural, que se vincula desde el punto de vista del mercado laboral, con el peso que tengan los empleos ligados al sector terciario en el mercado local de trabajo. Como se aprecia en el cuadro 4, el mercado de trabajo rural con mayor presencia de mujeres inmigrantes es la hostelería (especialmente en las zonas turísticas litorales, según puede observarse en el mapa 3, aunque también en las regiones del norte y centro de España), seguido de la actividad doméstica en el hogar y el comercio (actividades ambas que sobresalen en prácticamente todas las regiones, especialmente las más urbanizadas como Madrid o el País Vasco). Por ello, en aquellas zonas rurales con un bajo peso del sector terciario, y/o con una alta proporción de empleo en mercados de trabajo masculinizados, como la agricultura y la construcción (véase en el mismo cuadro el intenso grado de masculinización de estas ocupaciones), las mujeres inmigrantes tienden a reducir de forma significativa su asentamiento. No obstante, en las regiones de la España del sur con altos porcentajes de población inmigrante rural ocupada en la agricultura, también un número significativo de mujeres inmigrantes se emplea en este sector de actividad (véanse mapa 2 y mapa 3), aún siendo menor su peso en comparación con los mayoritarios varones. Finalmente, el trabajo manufacturero alcanza una cierta importancia para las mujeres inmigrantes rurales en las tres áreas de industrialización rural anteriormente definidas (las regiones del valle del Ebro; Cataluña y el País Valenciano; y Castilla-La Mancha –véase mapa 3–).

La inmigración latinoamericana se caracteriza por el grado de feminización de su composición de género, y tiene una localización fundamentalmente urbana (gráfico 1). Cuando aparecen presentes en el medio rural se vincula a la existencia de un número cuantioso de empleo en el sector servicios (cuadro 3), determinación muy intensa para el caso del colectivo de mujeres colombianas (que prácticamente desaparecen de la agricultura o la industria manufacturera), y más suavizada en el caso de las mujeres ecuatorianas, que tienen un peso significativo en la agricultura –pero de la cual tienden a alejarse, como muestra el trabajo de Claudia Pedone (2006) sobre las redes y cadenas migratorias de la inmigración ecuatoriana. Según este estudio, en el mercado de trabajo agrícola de Totana (Región de Murcia), las mujeres ecuatorianas que entraron en un primer momento de su proyecto migratorio en las tareas de recolección de los cultivos intensivos, posteriormente una buena parte de ellas abandonaron progresivamente este mercado laboral para, o bien insertarse en el empleo terciario disponible en el mercado local, o bien

Mapa 3

Mujeres inmigrantes rurales, según su ocupación y por Comunidad Autónoma de residencia (*)



Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001.

(*) Para la definición de hábitat rural se han utilizado las entidades singulares de población menores de 10.000 habitantes.

Cuadro 4

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN OCUPADA INMIGRANTE POR GÉNERO Y HÁBITAT SEGÚN ACTIVIDAD ECONÓMICA (*)

% de personas	Hombres			Mujeres				
	Total	Urbano	Intermed.	Rural	Total	Urbano	Intermed.	Rural
	Agricultura y ganadería	15,19	4,39	20,24	26,68	4,97	1,14	9,65
Pesca	0,40	0,29	0,46	0,52	0,08	0,06	0,10	0,14
Industrias extractivas	0,27	0,06	0,25	0,63	0,06	0,02	0,07	0,16
Industria manufacturera	14,24	13,53	16,60	13,59	7,62	6,20	9,73	9,50
Producción y distribución de energía y agua	0,39	0,47	0,34	0,30	0,14	0,16	0,11	0,12
Construcción	26,91	30,58	25,35	22,21	2,36	2,15	2,51	2,77
Comercio y reparación	11,33	12,53	10,80	9,82	10,81	9,58	11,81	13,16
Hostelería	10,41	11,41	9,44	9,55	16,53	13,82	18,37	22,02
Transporte y comunicaciones	5,19	6,73	4,08	3,58	3,32	3,28	3,39	3,36
Intermediación financiera	0,80	1,05	0,68	0,49	1,16	1,25	1,11	0,97
Actividades inmobiliarias y servicios empresariales	5,57	7,19	4,43	3,86	8,25	9,11	7,39	6,73
Administración pública	1,43	1,54	1,25	1,37	1,67	1,56	1,62	1,99
Educación	2,18	2,93	1,55	1,47	4,28	4,31	3,94	4,47
Actividad. sanitarias y veterinarias	1,68	2,11	1,43	1,20	5,40	5,58	5,06	5,24
Otras actividades sociales y servicios personales	2,32	2,71	2,05	1,91	3,34	3,44	3,26	3,13
Actividades de los hogares	1,60	2,38	1,03	0,79	29,90	38,19	21,83	15,28
Organismos extraterritoriales	0,07	0,11	0,03	0,03	0,11	0,15	0,05	0,05

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001.

(*) Para la definición de los diferentes hábitats se han utilizado las entidades singulares de población.

emigrar hacia las grandes ciudades. Pedone estudia las redes que tejieron las mujeres ecuatorianas de Totana hacia Madrid y Barcelona para trabajar en la hostelería o, más comúnmente, en la asistencia doméstica—.

Un mayor grado de ruralización tiene la inmigración femenina de los otros orígenes contemplados en el gráfico 1, es decir, las mujeres marroquíes, rumanas y búlgaras. Su actividad (cuadro 3) es también fundamentalmente terciaria, pero destacan en la agricultura más que las ecuatorianas (y sobre todo que las colombianas). Llama la atención la presencia significativa de rumanas en la industria manufacturera, y también, aunque en menor medida, de las mujeres búlgaras.

En segundo lugar, la funcionalidad de la mujer inmigrante en los mercados de trabajo rurales estaría garantizando la reproducción de las líneas tradicionales de la división sexual del trabajo. Su principal vinculación, como se ha dicho, es el empleo terciario, en actividades tales como la hostelería, el comercio o los servicios de la vida diaria (servicios a domicilio, cuidado de niños y ancianos), las cuales, como apuntan Oliva y Camarero (2005), son las que «se corresponden con aquellas tradicionalmente desempeñadas por las mujeres como trabajo no declarado» (p. 21), por tratarse de «empleo estacional, con alta rotación, relativamente desregularizado» (p. 25).

También encontramos bastantes mujeres inmigrantes rurales en la agricultura —y a pesar de los procesos de masculinización de esta actividad—, reproduciendo tradicionales segmentaciones de género del mercado laboral agrario, especialmente en sus orientaciones productivas más intensivas en trabajo manual (Vicente-Mazariegos y otros 1993; Sampedro 1996). Un mercado laboral tradicionalmente muy feminizado ha sido el de los almacenes de confección y manipulado de productos agrícolas (Pedreño, 1999b; Segura, Pedreño y De Juana, 2002; Domingo, 1993 y 1997), en los que han funcionado unos esquemas muy consolidados de organización patriarcal del trabajo. Los estudios más recientes —véase por ejemplo el estudio de Candela y Piñón (2005) sobre los almacenes de naranja en la campiña valenciana— muestran un progresivo envejecimiento de las mujeres empleadas en estos almacenes, por la pérdida de atractivo de este tipo de empleo para las más jóvenes, lo cual estaría generando un problema de reproducción social de la tradicionalmente feminizada fuerza de trabajo. El recurso a la mano de obra inmigrante parece la garantía, por ahora, de la pervivencia de estas lógicas de tra-

bajo rígidamente codificadas por los esquemas de la segmentación de género (9).

Un proceso muy similar probablemente está ocurriendo en aquellas industrias manufactureras que tradicionalmente han reclutado mujeres para algunas partes de su proceso de trabajo. Son ahora las mujeres inmigrantes las que estarían asumiendo esos puestos de trabajo, como hemos tenido ocasión de comprobar en una investigación sobre la economía sumergida en la industria del mueble en Yecla (Región de Murcia). En el subsector de la tapicería yeclano, tradicionalmente las labores del «cosido» se han externalizado de las fábricas, realizándolas mujeres locales como trabajo a domicilio a destajo. En los últimos años, con el asentamiento de un importante colectivo de inmigrantes ecuatorianos en la localidad, atraído por las posibilidades de empleo en las fábricas, los «nuevos trabajadores», dada su disponibilidad y vulnerabilidad, se muestran especialmente predispuestos a integrarse en el mantenimiento de las prácticas de economía sumergida más arraigadas en la industria del mueble yeclano (horas extras no cotizadas, destajos, etc.). De alguna forma son la garantía de la continuidad y reproducción ampliada de las mismas. El hecho de que en Yecla las mujeres ecuatorianas estén sustituyendo y/o complementando a las mujeres autóctonas en el trabajo a domicilio del «cosido», no deja de ser un indicador del papel que están jugando los nuevos trabajadores inmigrantes en la reproducción y sostenimiento de la economía sumergida (Pedreño, 2006).

Finalmente, la incorporación de las mujeres inmigrantes a las labores tradicionalmente asignadas por la división del trabajo según género, estaría apuntalando las estrategias de las mujeres autóctonas para alejarse del círculo cerrado de la domesticidad (a través de la emigración selectiva de las más jóvenes o las estrategias de commuting); dado que el rol subordinado que implica el trabajo en lo doméstico (y los trabajos extradomésticos más precarios e informales que son socialmente representados como femeninos en la medida que se les concibe como complementos o ayudas familiares), estaría siendo transferido a las mujeres

(9) Así lo plantean Candela y Piñón (2005:p. 160): «En la actualidad, se ha constatado que el grueso de las plantillas de trabajadoras de los almacenes está constituido por mujeres con una media de edad en torno a los 45 años, mientras las jóvenes que se incorporan, lo hacen de forma puntual y transitoria, visualizándose una clara tendencia de ruptura en el relevo generacional de los almacenes. ¿Qué va a ocurrir, entonces, a la vuelta de una década, cuando se empiecen a jubilar muchas de estas experimentadas trabajadoras que encarnan las últimas generaciones de triadoras y encajadoras de oficio...?, ¿cuál va a ser el perfil de esa nueva trabajadora o trabajador del manipulado, que a la fuerza deberá seguir siendo rentable, es decir, flexible y barata/o para no desequilibrar los estrechos márgenes productivos de las empresas comerciales?...», son algunos de los interrogantes que se plantean, cuyas respuestas ya están en la mente de muchos y, quizás, en el interior de algunos almacenes: *mano de obra inmigrante, hombres y mujeres jóvenes tomarán, sin duda, el relevo en los almacenes como ya lo están haciendo en la recolección».*

inmigrantes recién llegadas a las zonas rurales. De esta forma, y al igual que ha sucedido en el medio urbano, la dominación masculina se garantiza con un nuevo suministro de mano de obra femenina para la realización de determinadas tareas domésticas y extradomésticas.

Es muy revelador de esta transferencia de los roles tradicionales definidos por la división del trabajo según género, el indicador anteriormente enunciado relativo al incipiente crecimiento de la ocupación de las mujeres inmigrantes rurales en las actividades de los hogares (cuadro 4). Sin llegar a las proporciones de las zonas urbanas, también en las zonas rurales las mujeres inmigrantes están empezando a ocupar esas tareas domésticas y desvalorizadas que habían tradicionalmente realizado las mujeres autóctonas –y que todavía asumen en mayor grado que en las zonas urbanas, pues como muestra la encuesta de Vera y Rivera (1999), más de la tercera parte de las mujeres rurales habían atendido y/o ayudado a otras personas de su grupo familiar, excluido su cónyuge, durante el último año, dedicando a ello una media superior a las 500 horas (en Oliva y Camarero, 2005: p. 25)–.

En definitiva, tal y como denunciaba la película de Iciar Bollaín, en un medio rural que no ha modificado sus lógicas de imposición social de patrones desiguales de género, las nuevas mujeres rurales llegadas con la inmigración, parecen destinadas a reproducir tales patrones. También el espacio rural estaría conociendo la dinámica lúcidamente descrita por Ruth Mestre: «creo que la creación de infrasujetos marcados por el género y la etnia es creciente y preocupante y, efectivamente, la mano que friega es de color y femenina, con lo que estamos reproduciendo y reforzando no sólo desigualdades entre los sexos, sino también alimentando un racismo en la intimidad, en el centro mismo de las relaciones sociales» (Mestre, 2002: p. 203).

5. ¿INFRACLASES RURALES?

La literatura sociológica disponible sobre la inmigración en zonas rurales apenas ha prestado atención a los procesos de estratificación social. Una excepción resulta las aportaciones de Izcara (2002 a y b) y García e Izcara (2003), cuyas tesis, sin embargo, sobre la emergencia de una infraclase rural son ciertamente muy discutibles, como plantearemos en este apartado.

Las infraclases rurales, según Izcara (op. cit.) estarían formadas en España por los desempleados agrarios de las regiones meridionales y por la mano de obra inmigrante «ilegal» en la agricultura del litoral

mediterráneo. Las características «distintivas» de estas clases inferiores rurales serían: «i) baja cualificación y exclusión del mercado de trabajo; ii) arraigados sentimientos de marginalidad e impotencia; iii) dependencia cuasi-permanente de prestaciones sociales; iv) resquebrajamiento de las redes de solidaridad, y v) aislamiento social» (Izcara, 2002 a: p.150).

En la revisión bibliográfica del concepto de «infraclasse» realizada por Izcara a modo de introducción, se reconoce apremiamente el contexto geográfico-académico del que proviene el término: la investigación sociológica sobre los guetos negros y otras minorías étnicas en las grandes ciudades norteamericanas. El ejercicio que Izcara realiza de extraer el concepto de infraclasse de ese contexto para aplicarlo a la realidad rural española, es cuanto menos un arriesgado salto al vacío que exige una labor silenciada de descontextualización y deshistorización. De esta forma, renunciando a la exigencia de vigilancia epistémica, se cae en la ceguera que impone «las astucias de la razón imperialista», la cual se apoya «en el poder de universalizar los particularismos ligados a una tradición histórica singular, haciendo que no se reconozcan como tales» (Bourdieu y Wacquant, 2005: 209). Y precisamente uno de esos conceptos sobre los que advierten Bourdieu y Wacquant es el de infraclasse, del que dan cuenta de su génesis y contexto ideológico en los EE.UU., descubriendo que se trata de una vaga categoría en la cual los académicos han agrupado las más variopintas realidades sociales de las ciudades norteamericanas (receptores de prestaciones sociales, desempleados de larga duración, madres solteras, familias monoparentales, criminales e integrantes de bandas, drogadictos y sin techo, cuando no, «todos los habitantes del gueto en bloque» (p. 220), y cuyo único rasgo en común es que las mismas son vividas por la sociedad dominante como clases peligrosas y «negaciones vivientes del sueño americano de la oportunidad para todos y del éxito individual», p. 220). De esta forma, apuntan Bourdieu y Wacquant (op. cit.), los sociólogos europeos –«navegando sobre la ola de popularidad de conceptos con el sello de Estados Unidos» (p. 219)– al apropiarse de un concepto como éste, «escuchan “clase” y creen que hace referencia a una nueva posición dentro de la estructura del espacio social urbano, mientras que sus colegas norteamericanos escuchan «inferior» y piensan en una manada de gente pobre, peligrosa e inmoral desde una perspectiva decididamente victoriana y racistoide» (p. 219).

Por tanto, y (re)conociendo la génesis ideológica-académica del concepto de infraclasse, es fácil comprender de dónde salen esas presunciones miserabilistas que Izcara atribuye a los inmigrantes rurales de

las agriculturas intensivas, en cuanto trabajadores aislados, excluidos, ilegales, guetificados, con «sentimientos de marginalidad e impotencia», etc. Y justamente en este ejercicio de «inferiorización» del trabajador inmigrante, lo que menos parece revelarse es su posición en la estructura social rural, para subrayarse su carácter potencialmente alterador y peligroso (referencia a los sucesos de El Ejido mediante) para la sociedad dominante –en lo que constituye un magnífico ejemplo de la poderosa capacidad de la razón imperialista de imponer sus prejuicios y esquemas ideológicos a través de la exportación aparentemente neutra de productos culturales, conceptos y teorizaciones–.

La problemática del inmigrante en las agriculturas intensivas y en las zonas rurales no es una problemática de la exclusión, sino de la vulnerabilidad y la explotación a través de la precariedad. El papel de los inmigrantes en los diferentes mercados laborales rurales analizados en este artículo es central para su funcionamiento y continuidad. Las disposiciones de versatilidad, flexibilidad y movilidad que portan los proyectos migratorios de estos trabajadores están resultando estratégicos para muchos de los sectores de actividad rurales: ¿qué sería de los estacionales cultivos de muchas producciones agrícolas sin la movilidad territorial desplegada por los trabajadores inmigrantes? De hecho, y como puede observarse en el cuadro 5, rápidamente los trabajadores inmigrantes se han integrado en las lógicas de movilidad o commuting que despliegan numerosos trabajadores rurales de sectores como la agricultura, la construcción o la industria manufacturera, siendo esta movilidad de los residentes rurales (y ahora también de los «nuevos vecinos» inmigrantes) «el mecanismo que constituye el soporte de los paisajes sociales rurales» (Camarero y Oliva, 2004).

La versatilidad de las habilidades y calificaciones de los trabajadores inmigrantes les posibilita también una adaptabilidad a diferentes nichos de empleo, siendo este rasgo central en la intensa movilidad entre ocupaciones sobre la que evoluciona su proyecto migratorio. Este valor aportado por la fuerza de trabajo inmigrante aparece como ciertamente atractivo para los imperativos de flexibilidad de la norma de competitividad de numerosos sectores de actividad rural, en el contexto del capitalismo global y posfordista. Esta versatilidad ocupacional es la que hayamos en los ecuatorianos analizados en la investigación sobre los nuevos braceros del ocio (Castellanos y Pedreño 2006), los cuales tienen una estrategia ocupacional pendular entre las labores agrícolas de recolección del níspero en los campos de Callosa (Comunidad Valenciana) durante los meses de primavera, y los trabajos de la industria hostelera y turística de la fábrica de ocio que es la vecina

Benidorm durante los meses de verano; o la que se aprecia en otro caso ilustrativo estudiado por Martín y Pérez de Guzmán (2005) sobre la movilidad interocupacional y territorial que detectan en los inmigrantes que trabajan en las labores del cítrico en Jimena (Cádiz): «Dado que el trabajo del campo no es fijo y su temporalidad es extrema, los trabajadores y trabajadoras inmigrantes han de completar sus rentas con otras actividades; las mujeres se emplean en el trabajo doméstico y los varones en la construcción; esta enorme rotación contribuye a que su presencia sea evidente; están en todas partes: en los domicilios, en los comercios, en las cocinas de los bares, en las cuadrillas de la construcción y, sobre todo, en el campo» (p. 56).

Cuadro 5

POBLACIÓN OCUPADA COMMUTERS RESIDENTES EN MUNICIPIOS MENORES
DE 5.000 HABITANTES

% de personas	Ocupados totales		Ocupados inmigrantes	
	Commuters sobre total de ocupados de cada sector	Commuters por sectores de actividad	Commuters sobre total de ocupados inmigrantes en cada sector	Commuters por sectores de actividad
Total	49,3	100,0	32,1	100,0
Agricultura y ganadería	16,7	5,9	17,8	11,8
Pesca	37,1	0,2	35,6	0,2
Industrias extractivas	49,1	0,5	26,2	0,7
Industria manufacturera	52,0	19,7	30,4	15,6
Producción y distribución de energía y agua	66,3	0,8	43,3	0,4
Construcción	59,7	18,2	41,8	24,5
Comercio y reparación	49,7	12,7	43,0	13,3
Hostelería	35,3	4,2	23,3	7,5
Transporte y comunicaciones	78,2	8,1	58,9	6,0
Intermediación financiera	69,1	2,2	42,9	0,6
Actividades inmobiliarias y servicios empresariales	70,0	5,3	43,6	4,9
Administración pública	52,6	7,2	30,9	1,7
Educación	70,2	5,9	56,4	4,2
Activid. sanitarias y veterinarias	68,7	5,5	37,4	2,9
Otras actividades sociales y servicios personales	53,4	2,4	36,2	2,3
Actividades de los hogares	39,1	1,2	18,3	3,4
Organismos extraterritoriales	49,3	0,0	50,0	0,0

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2001.

En definitiva, una enunciación de la condición inmigrante puede ser ya formulada: «están en todas partes» aportando una fuerza de trabajo versátil, flexible y móvil que, sin embargo, es precarizada y degradada por dispositivos de vulnerabilidad (subciudadanía, segmentación étnica, crisis de los estatutos salariales, etc.). Justamente estas características de su trabajo, también les posibilita estar abriendo continuamente líneas por las cuales escapar de aquellas situaciones más degradantes para transitar en busca de dignidad y reconocimiento social. Las «fugas» protagonizadas por muchos inmigrantes que abandonan la agricultura, y que han detectado numerosos estudios (Castellanos y Pedreño, 2001, o las citadas anteriormente Martín y Pérez de Guzmán), son respuestas prácticas ante situaciones de trabajo vividas como penosas o degradantes. Estas formas de rechazo están siendo teorizadas por investigadores de las «prácticas de resistencia obrera» como propias de los precarizados (Lara, 2004; Calderón, 2006).

Esta forma de comprender la condición inmigrante es la que nos lleva a posicionarnos críticamente con aquellas lecturas del trabajo inmigrante rural en términos de «infraclase». En definitiva, y como hemos escrito en otro lugar, «los trabajadores inmigrantes están en el centro de los procesos económicos y sociales que definen el crecimiento de las sociedades contemporáneas, pero su posición periférica en la estructura social revela que se trata de un nuevo proletariado. Esta invisibilización o periferización del valor del trabajo inmigrante actúa a través de una función de denegación de las relaciones sociales que (re)presenta como «natural» o «neutral» lo que más bien es la construcción política y simbólica de un desplazamiento del trabajo inmigrante hacia esas posiciones que aun siendo periféricas, no tienen nada de «marginales» o «excluidas», antes al contrario, están en el centro de la labor estructurante de estructuras productivas fundamentales de los procesos sobre los que opera la inserción global de determinados territorios. Con la configuración de este proletariado inmigrante en nuestras sociedades se reactualiza la vieja problemática de lo que Robert Castel denomina «los salarizados sin dignidad», en referencia a la situación del proletariado industrial del siglo XVIII-XIX, sujeto indispensable para la generación de riqueza pero al que no se le reconocía un estatuto en forma de derechos sociales, lo que le empujaba a vivir en una situación de continua incertidumbre e inseguridad, que no le garantizaba un lugar reconocido en el mundo social. Con la situación de los trabajadores inmigrantes se vuelve, en efecto, a esta vieja cuestión: son ciertamente indispensables para la generación de riqueza pro-

ductiva, pero no se les reconoce un estatuto pleno de ciudadanía» (Pedreño, 2005: 99-100).

Hace 22 años, Alfonso Ortí publicó un texto sobre la condición del jornalero agrícola en la España del Sur, en donde advertía sobre la necesidad de contemplar a este trabajador superando la visión fragmentaria del mercado laboral rural como un hecho exclusivamente agrario y local, para situarlo en el contexto de las transformaciones del trabajo que han producido estrechas interrelaciones entre las actividades no agrarias y el ciclo de la producción agraria: «tal reestructuración orientada al aprovechamiento coyuntural ampliado del tradicional fondo de fuerza de trabajo jornalera eventual y disponible, sin cambio alguno en su forma de reproducción social («ejército de reserva»), articulaba el mercado de trabajo agrario con el de sectores no agrarios, como el denominado complejo de construcción/hostelería, cuyas características le convierten en demandante igualmente de peones eventuales para su utilización en trabajos temporeros» (Ortí, 1984: p. 2001). La re-lectura hoy de este texto resulta interesante desde un punto de vista teórico-metodológico, en cuanto muestra de una investigación que aborda las transformaciones de los mercados de trabajo rurales de finales de los años 70, para revelar la emergencia de una nueva posición social, la del proletariado rural formado sobre el sustrato de la vieja posición del jornalero agrícola, pues se seguía caracterizando por la estacionalidad y la eventualidad propias de la condición jornalera, pero «articuladas ahora por la movilidad espacial» (Ortí, op. cit.:204).

Como subraya Ortí en su estudio, la movilidad territorial e interocupacional es la característica central que configura y define a ese emergente proletariado rural de la España de finales de los años 70. Preguntarse hoy en el contexto del capitalismo global sobre la posición del trabajador inmigrante extranjero en la estructura social rural, es evidenciar la conformación de un neoproletariado, que reproduce e inclusive profundiza los rasgos de eventualidad y movilidad. También a este neoproletariado rural lo define una movilidad espacial e interocupacional, más intensificada y «extensificada» si cabe, sobre la cual siguen manteniéndose y reproduciéndose de forma ampliada diferentes sectores de actividad económica flexibles y con requisitos de temporalidad, o directamente estacionales.

6. CONCLUSIONES

El hecho de que los espacios rurales se hayan convertido en las últimas décadas en lugar de recepción de flujos migratorios extracomu-

nitarios, ha sido interpretado por parte de algunos estudiosos como un indicador más de la definitiva periclitación de la categoría de lo rural en las ciencias sociales. La tesis de la homogeneización de los espacios urbanos y rurales encontraría un argumento más en las pautas de localización de los inmigrantes. Por ende, desde esta lectura, tampoco se considera especialmente relevante estudiar la inmigración en relación al tipo de espacio (rural o urbano) en el que se inserta.

Sin embargo, y como se ha mostrado a lo largo de este artículo, los espacios urbanos y rurales no se presentan indiferenciados para los proyectos de vida de los inmigrantes extranjeros en la sociedad receptora. Las estrategias de trabajo y/o residenciales de los diferentes colectivos inmigrantes configuran las predisposiciones hacia unos espacios u otros. Por ejemplo, los inmigrantes colombianos, especialmente las mujeres, tienden a asentarse mayormente en los espacios urbanos –como se corresponde con su mayor especialización ocupacional en el sector de los servicios–, y cuando lo hacen en localidades rurales se debe, bien por su cercanía a espacios urbanos a los cuales se desplazan diariamente a trabajar, o bien por tratarse de zonas turísticas con una densa oferta de trabajo terciario. Por el contrario, los colectivos marroquíes y rumanos aparecen decantados hacia las localidades rurales o las ciudades intermedias.

Esta nueva realidad lo que hace es constatar que ya no existen mercados «locales» de trabajo. Cada vez más los mercados de trabajo de los espacios rurales dependen de la concurrencia extralocal de trabajadores venidos de cada vez más lejos, como es el caso de los que arriban con los flujos de las migraciones internacionales. El atributo fundamental de la estrategia de trabajo de los inmigrantes es la movilidad espacial. En primer lugar, por el desplazamiento realizado y el espacio social transnacional constituido (redes familiares y vecinales; desplazamientos periódicos entre el país de origen y el de destino; circulación de personas, información, signos, mercancías o dinero entre «aquí» y «allí», etc.). En segundo lugar, por la mayor propensión hacia la movilidad residencial y ocupacional característica de su proyecto migratorio. Y en tercer lugar, porque residencia y lugar de trabajo no necesariamente coinciden en un mismo espacio.

En definitiva, las estrategias de movilidad espacial por parte de los inmigrantes evidencian usos diferenciados de los lugares. Al inicio del proyecto migratorio, cuando a menudo se carece de la requerida documentación de estancia y trabajo, se puede estar trabajando y residiendo en aquellas zonas rurales en las cuales sea frecuente el recurso

a la economía sumergida, para una vez regularizada su situación, desplazarse a la ciudad en busca de opciones laborales más acordes con sus expectativas (como ejemplo de esto, en el artículo se ha señalado el caso de los inmigrantes ecuatorianos que llegaron a finales de los 90 a los municipios agroexportadores de la Región de Murcia, para posteriormente, una vez regularizada su situación administrativa en España, amen de disponer de una mayor información sobre el mercado laboral de la sociedad receptora, trasladarse a la ciudad en busca de otras opciones laborales). E independientemente del momento y situación legal del proyecto migratorio, se puede vivir en una zona rural, y desplazarse diariamente a trabajar en los mercados de trabajo urbanos –como las mujeres colombianas residentes en pequeñas localidades del País Vasco que se desplazan diariamente a Bilbao u otras ciudades a trabajar en la hostelería o en la asistencia doméstica, o como los varones ecuatorianos de los pueblos de La Mancha que se han integrado en la arraigada red de desplazamientos diarios o semanales de los trabajadores de la construcción hacia la vigorosa dinámica inmobiliaria de la metrópolis madrileña. Se puede trabajar en el campo, pero aprovechar las posibilidades de vivienda en alquiler que ofrece la ciudad, optando, como los jornaleros marroquíes y ecuatorianos en la Región de Murcia, por desplazarse a diario en autobuses o furgonetas de los contratistas a las labores de la recolección agrícola. O inclusive se puede estar en permanente itinerancia entre las diferentes cosechas del territorio español, o inclusive pasar temporadas en el país de origen –caso de los trabajadores marroquíes– para retornar a España en los meses donde se aseguran ocupación.

La tesis de la reestructuración rural proporciona un convincente marco estructural explicativo de los cambios productivos y de los procesos de trabajo que están experimentando los espacios rurales en los últimos años. Este escenario ha permitido una reconstrucción de los procesos que están vinculando los trabajadores inmigrantes extracomunitarios con los mercados labores crecientemente diversificados de los espacios rurales. Sin embargo, la tesis de la reestructuración rural es insuficiente para abordar las cuestiones de agencia, que como se ha visto a lo largo del artículo, son fundamentales para integrar en el análisis las opciones estratégicas y los sentidos y significados que los inmigrantes dan a lo que hacen.

Movilidad y fragmentación definen la relación entre inmigrantes y mercados de trabajo de los espacios rurales. Los procesos de fragmentación y heterogeneidad que están reconfigurando la estructura de las sociedades rurales han venido siendo objeto de atención por parte de la sociología, especialmente con los fenómenos de asentamiento resi-

dencial de clases medias de origen urbano que hacen de lo rural un signo de calidad de vida y bienestar (Pahl, 1965; Camarero, 1992). Siguiendo esta temática, la sociología rural habrá también de prestar una especial atención al creciente peso que tiene en los mercados de trabajo rurales la figura del trabajador inmigrante extranjero, atendiendo a las lógicas de vulnerabilidad y segmentación que definen su inserción ocupacional y social. Esta nueva realidad introduce un nuevo vector de fragmentación, y seguramente de polarización, en la estructura del espacio social rural. Sobre la base de la etnicidad, se redibujan las diferenciaciones y jerarquías de clase y género.

De ello resulta una segmentación en las relaciones de género, más compleja, pues no cuestiona la desigualdad de sexo, sino que introduce una línea de diferenciación etnificada que posiciona en lugares distintos del espacio social a unas mujeres (las autóctonas) y a otras (las inmigrantes). Una transferencia de roles definidos por la dominación de género discurre desde las mujeres autóctonas hacia las recién llegadas al medio rural.

También desde el punto de vista de las posiciones de clase, el escenario rural se fragmenta sobre criterios etnicistas. Se ha discutido el concepto de «infrac clase» por considerarlo inadecuado para entender estos cambios en el espacio social rural. No se trata de una problemática de exclusión, aislamiento o guetificación la que define socialmente al trabajador inmigrante. Por el contrario, la versatilidad, flexibilidad y movilidad, en cuanto atributos del valor de su fuerza de trabajo, evidencian que se trata de una posición social que lo emparenta con las figuras de proletariado rural que emergieron en los años 70. Un neoproletariado rural caracterizado por la temporalidad y precariedad, articuladas sobre la base de la movilidad territorial e interocupacional.

BIBLIOGRAFÍA

- ANSOLA, A.; CORBERA, M. y SIERRA, J. M. (2005): «Dos vistazos sobre el trabajo en la Cantabria no urbana», en Juan José Castillo (director): *El trabajo recobrado. Una evaluación del trabajo realmente existente en España*, Madrid y Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- ARNALTE, E. y CAMARERO, L. (coordinadores) (2006): *Los regantes: perfiles productivos y socioprofesionales*, Madrid: MAPA.
- AVELLÁ, LL. (1991): «Los inmigrantes magrebíes en la recogida de cítricos de la Comunidad Valenciana», *Revista de Treball*, 17: 113-131.
- (1992): *La inmigración en la agricultura del País Valenciano*, Valencia: Dirección General de Migraciones/Conselleria de Treball de la Generalitat Valenciana.

- AVELLÁ, Ll. y VEGA, V. (2002): «El mercado de trabajo agrario en la Comunidad Valenciana: equilibrio global versus desequilibrios espaciales y temporales», en Andrés Pedreño y Germán Quaranta (coords.): *Trabajo y sociedad en los campos de la globalización agroalimentaria*, número monográfico de la revista *Áreas*, 21: 95-112.
- BAIGORRI, A. y otros (1994): *El paro agrario. Paro, mercado de trabajo, formación ocupacional, temporeroismo e inmigración en el campo extremeño*, Badajoz: Junta de Extremadura y Diputación Provincial de Badajoz.
- BARBOLLA, D. (2001): *Inmigración marroquí en la zona de Talayuela (Cáceres) 1992-1996*, Mérida: Editora Regional de Extremadura.
- BENENCIA, R. y QUARANTA, G. (2006): «Mercados de trabajo y relaciones sociales: la conformación de trabajadores agrícolas vulnerables», *Sociología del Trabajo*, Nueva Época, 58.
- BENKO, G. y LIPIETZ, A. (editores) (1994): *Las regiones que ganan. Distritos y redes. Los nuevos paradigmas de la geografía económica*, Valencia: ediciones Alfons el Magnànim.
- BOURDIEU, P. (1999): *Meditaciones Pascalianas*, Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P. y WACQUANT (2005): «Sobre las astucias de la razón imperalista», en Loïc Wacquant (coordinador): *El misterio del ministerio*, Barcelona: Gedisa editorial.
- BULLER, H. (1994): «Etre étranger à la campagne», *Études Rurales*, 135-136: 9-11.
- CALATRAVA, A. y MELERO, A. (2003): «Aproximación a la estructura y los modelos de diversificación de la actividad empresarial en municipios rurales: análisis y tendencias en dos regiones españolas», *Eure*, Santiago de Chile, Vol. XXIX, 88: 97-130.
- CALDERÓN, J. A. (2006): «Repensar la cuestión de la resistencia en el trabajo, o buscando al trabajador perdido: un estudio de caso en el sector del telemarketing», *Sociología del Trabajo*, Nueva Época, 56: 33-74.
- CAMARERO, L. (1992): «El mundo rural español en la década de los años noventa: ¿renacimiento o reconversión?», *Documentación Social*, 87: 9-28.
- CAMARERO, L. y GARCÍA, I. (2004): «Los paisajes familiares de la inmigración», *Revista Española de Sociología*, 4: 173-198.
- CAMARERO, L. y OLIVA, J. (2004): «Paisajes sociales y multifuncionalidad de los espacios rurales», en *Atlas de la España rural*, Madrid: MAPA.
- CANDELA, P. y PIÑÓN, J. (2005): *Mujeres entre naranjas*, Valencia: UNED.
- CASTEL, R. (1999): *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona: Paidós.
- CASTELLANOS, M. L. y Pedreño, A. (2001): «Desde El Ejido al accidente de Lorca», *Sociología del Trabajo*, 42, Nueva Época: 3-30.
- (2006): *Los nuevos braceros del ocio. Sonrisas, cuerpos flexibles e identidad de empresa en el sector turístico*, Madrid y Buenos Aires: Miño y Dávila.
- CASTILLO, J. J. y LÓPEZ, P. (2005): «Mujeres al final de la cadena. El entorno productivo de VW-Navarra: una cadena de montaje en el territorio», en Juan José Castillo (director): *El trabajo recobrado. Una evaluación del trabajo realmente existente en España*, Madrid y Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

- CHECA, F. (1995a): «Oportunidades socioeconómicas en el proceso migratorio de los inmigrantes africanos en Almería», *Agricultura y Sociedad*, 77: 41-82.
- (1995b): «Del riesgo de las pateras a la supervivencia en los invernaderos. Inmigrantes en la provincia de Almería», *Revista de Economía y Sociología del Trabajo*, 29-30: 41-82.
- COLECTIVO IOÉ (1998): *Inmigración y trabajo. Trabajadores inmigrantes en el sector de la construcción*, Madrid: Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social.
- CRUCES, C. y MARTÍN, E. (1997): «Intensificación agraria y transformaciones socioculturales en Andalucía Occidental. Análisis comparado de la Costa Noroeste de Cádiz y el condado litoral de Huelva», *Sociología del Trabajo*, Nueva Época, 30.
- DOMINGO, C. (1993): «El trabajo de las mujeres en el sistema citrícola valenciano», *Cuadernos de Geografía*, 53: 85-109.
- (1997): «Características personales y familiares de las trabajadoras», en C. Alfonso, X. Aparici y otros: *Mujer y trabajo: las empresas de manipulado de frutas y hortalizas en la Comunidad Valenciana*, Valencia: Generalitat de Valencia y CCOO-PV.
- ESPARCIA, J. (2002): «La creciente importancia de la inmigración en las zonas rurales de la Comunidad Valenciana», *Cuadernos de Geografía*, 72: 289-306. Universitat de València.
- ETXEZARRETA, M. (1994): «Trabajo y agricultura: los cambios del sistema de trabajo en una agricultura en transformación», *Agricultura y Sociedad*, 54: Madrid.
- GARCÍA, B. (2003): «Población extranjera en España», *Papeles de Economía Española*, 98: 198-213.
- GARCÍA, B. e IZCARA, S. P. (2003): «Los trabajadores inmigrantes en la agricultura», *Papeles de Economía Española*, 98: 109-120.
- GÓMEZ, C. y GONZÁLEZ, J. J. (2002): «Familia y explotación en la transformación de la agricultura española», en C. Gómez y J.J. González (coordinadores): *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*, Madrid: McGraw Hill.
- GONZÁLEZ, M. y CAMARERO, L. (1999): «Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la postmodernidad», *Política y Sociedad*, 31.
- GUALDA, E. y RUIZ, M. (2004): «Migración femenina de Europa del este y mercado de trabajo agrícola en la provincia de Huelva, España», *Migraciones Internacionales*, vol. 2, 4, julio-diciembre: 36-65.
- HOBBSBAM, E. J. (1991): *La era de la revolución (1789-1848)*, Madrid: Labor Universitaria.
- IZCARA, S. P. (2002 a): «Infraclases rurales: procesos emergentes de exclusión social en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 97: 127-154.
- (2002b): «Jornaleros desocupados e inmigrantes sobreexplotados: las nuevas infraclases rurales», en Cristóbal Gómez y Juan Jesús González (coordinadores): *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*, Madrid: McGraw Hill.

- KASIMIS, C.; PAPADOPOULOS, A. G. y ZACOPOULOU, E. (2003): «Migrants in Rural Greece», *Sociologia Ruralis*, vol. 43, 2: 167-184.
- KING, R. (2000): «Southern Europe in the changing global map of migration», in R. King, G. Lazaridis and C. Tsardanidis (eds.): *El Dorado or fortress? Migration in Southern Europe*, London: MacMillan
- LARA, A. (2004): «El telemarketing en España: materiales para una cartografía del mundo del trabajo contemporáneo», *Sociología del Trabajo*, 49: 27-59. Nueva Época.
- MARSDEN, T.; MURDOCH, J.; LOWE, Ph.; MUNTON, R. y FLYNN, A. (1993): *Constructing the countryside*, Londres: UCL Press.
- MARTÍN, E. (2002): «Cultivando el racismo: procesos de segmentación laboral y de exclusión social en el medio rural andaluz», en Andrés Pedreño y Germán Quaranta (coords.): *Trabajo y sociedad en los campos de la globalización agroalimentaria*, número monográfico de la revista *Areas*, 21: 113-128.
- MARTÍN, E.; MELIS, A. y SANZ, G. (2001): *Mercados de trabajo e inmigración extracomunitaria en la agricultura mediterránea*, Junta de Andalucía, Generalitat Valenciana y Diputació de Barcelona.
- MARTÍN, M. y PÉREZ DE GUZMÁN, S. (2005): «La construcción social del mercado de trabajo: escasez de mano de obra autóctona e inmigración en Andalucía», *Sociología del Trabajo*, Nueva Época, 53: 31-58.
- MARTÍNEZ, R. (2004): *Inmigración extranjera y trabajo: temporeros extranjeros en la recogida de la aceituna en Jaén*, Consejo Económico y Social de la Provincia de Jaén.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (2001): *El Ejido: Discriminación, exclusión social y racismo*, Madrid: Libros de la Catarata.
- MÉNDEZ, R. y CARAVACA, I. (1996): *Organización industrial y territorio*, Madrid: Síntesis.
- MESTRE, R. (2002): «Dea ex machina. Trabajadores inmigrantes y negociación de la igualdad en lo doméstico», *Cuadernos de Geografía*, 72: 191-206. Universitat de València.
- MORA, J. (dirección) y otros: *La inmigración y su repercusión en el mercado laboral extremeño*, Consejo Económico y Social de Extremadura.
- MORÉN-ALEGRET, R. y SOLANA, M. (2004): «Foreign immigration in spanish rural areas and small towns: current situation and perspectives», *Finisterra*, XXXIX, 77: 21-38.
- MUÑOZ, M. (coord.) y otros (2005): *Trabajadores inmigrantes en la construcción y la agricultura*, CC.OO. Castilla-La Mancha.
- OLIVA, J. (1995): *Mercado de trabajo y reestructuración rural: una aproximación al caso castellano-manchego*, Madrid: MAPA.
- OLIVA, J. y CAMARERO, L. (2002): *Paisajes sociales y metáforas del lugar*, Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- (2004): «Como si no hiciera nada»: la naturalización del trabajo invisible rural femenino», *Sociología del Trabajo*, Nueva Época, 53: 3-30.
- OLIVA, J. y DÍAZ, M. J. (2005): «Reestructuración productiva y movilidad laboral: los commuters de la construcción en Castilla-La Mancha», en Juan José

- Castillo (director): *El trabajo recobrado. Una evaluación del trabajo realmente existente en España*, Madrid y Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- ORTÍ, A. (1984): «Crisis del modelo neocapitalista y reproducción del proletariado rural», en Eduardo Sevilla-Guzmán (coordinador): *Sobre agricultores y campesinos*, Madrid: Servicio de Publicaciones Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- PAHL, R. E. (1965): «Class and community in english commuter villages», *Sociología Ruralis*, 5: 5-23.
- PEDONE, C. (2005): «Diversificación de las cadenas migratorias ecuatorianas hacia el mercado de trabajo agrícola de Murcia, España», en Andrés Pedreño y Manuel Hernández (coordinadores): *La condición inmigrante*, Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- (2006): *Estrategias migratorias y poder*, Quito: Abya Yala.
- PEDREÑO, A. (1998): *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (1999 a): «Taylor y Ford en los campos: trabajo, género y etnia en el cambio tecnológico y organizacional de la agricultura industrial murciana», *Sociología del Trabajo*, Nueva época, 35: 25-56.
- (1999b): «Construyendo la huerta de Europa: trabajadores sin ciudadanía y nómadas permanentes en la agricultura murciana», *Migraciones*, 5: 87-120.
- (2000): *Ruralidad globalizada*. Murcia: Diego Marín Editores.
- (2001): «Gitanos, magrebies, ecuatorianos: una segmentación étnica del mercado de trabajo en el campo murciano (España)», *Ecuador Debate*, 54: 189-200.
- (2003): «Trabajadores inmigrantes y agricultura intensiva: por qué vinieron a recolectar frutas y hortalizas a los campos del mediterráneo español y cómo fueron convertidos en fuerza de trabajo vulnerable y disponible», en Tornos, A. (ed.): *Los inmigrantes y el mundo del trabajo*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- (2005): «Sociedades etnofragmentadas», en Andrés Pedreño y Manuel Hernández (coordinadores): *La condición inmigrante*, Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- (2006): «Inmigración y economía sumergida: cambios y continuidades en los discursos y prácticas», *comunicación a I^a Jornadas de Trabajo Medimigra*, Universitat Jaime I, Castelló (30 de noviembre y 1 de diciembre del 2006).
- PEDREÑO, A. (coordinación) y otros (2005): *Las relaciones cotidianas entre jóvenes españoles e inmigrantes. Un estudio empírico sobre Torre Pacheco, Fuente Álamo y La Unión (Región de Murcia)*, Murcia: ediciones del Sureste y Laborum.
- PUGLIESE, E. (1993): «Restructuring of the Labour Market and the Role of Third World Migrations in Europe». *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 11 (5): 513-522.
- ROQUERO, E. (1996): «Asalariados africanos trabajando bajo plástico. Un caso de segregación en el Poniente de Almería», *Sociología del Trabajo*, Nueva Época, 28: 3-23.

- Sampedro, R. (1996): *Género y ruralidad*, Madrid: Instituto de la Mujer.
- San Miguel, B. (2000): *Elche: la fábrica dispersa*, Alicante: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante.
- SEGURA, P.; PEDREÑO, A. y DE JUANA, S. (2002): «Configurado la región murciana para las frutas y hortalizas: cosechas racionalizadas, agricultura salarial y nueva estructura social del trabajo jornalero», en Andrés Pedreño y Germán Quaranta (coords.): *Trabajo y sociedad en los campos de la globalización agroalimentaria*, número monográfico de la revista *Áreas*, 21: 71-94.
- SEMPERE, J. D. (2002): «Marroquís y ecuatorianos en la agricultura intensiva del litoral mediterráneo». *Cuadernos de Geografía*, 72: 173-190. Universitat de València.
- SOROKIN, P. y ZIMMERMAN (1929): *Principles of rural urban sociology*, Nueva York: Henry Holt and Co.
- SUÁREZ, L. (1998): «Dinámicas y políticas de invisibilidad. Ley, vigilancia y racialización en la agricultura», *Migraciones*, 4: 177-214.
- TABOADELA, O.; MARTÍNEZ, M. y CASTRO, M. (2005): «Del escaparate a la trastienda: mujeres y trabajo invisible en la confección gallega», en Juan José Castillo (director): *El trabajo recobrado. Una evaluación del trabajo realmente existente en España*, Madrid y Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- VICENTE-MAZARIEGOS, J. (1991): «Presentación», número monográfico «las trayectorias de la ruralidad en la sociedad itinerante». *Política y Sociedad*, 8.
- VICENTE-MAZARIEGOS, J. y otros (1993): *Situación Socioprofesional de la Mujer en la Agricultura. Vol. V: Análisis Sociológico*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- VIRUELA, R. (2002): «La nueva corriente inmigratoria de Europa del Este», *Cuadernos de Geografía*, 72: 231-258. Universitat de València.
- (2003): «La emigración de la Europa poscomunista: su incidencia en el País Valencià». *Saitabi*, 53: 187-214.
- (2006): «Inmigrantes rumanos en España: aspectos territoriales y procesos de sustitución laboral», *Cripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. X, 222. Universidad de Barcelona. 1 de octubre de 2006.
- WALLERSTEIN, I. (1991): «La unidad doméstica y la formación de la fuerza de trabajo en la economía-mundo capitalista», en E. Balibar y I. Wallerstein (editores): *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA.
- YBARRA, J. A.; SAN MIGUEL, B.; HURTADO, J. y SANTA MARÍA, M. J. (2005): *El calzado en el Vinalopó, entre la continuidad y la ruptura. Estudio sobre economía y trabajo en el sector*, Universidad de Alicante.

RESUMEN

La condición inmigrante de los nuevos trabajadores rurales

Este artículo explora la cuestión del uso de trabajadores inmigrantes en mercados de trabajo segmentados propios del capitalismo flexible en áreas rurales. Los Estudios Rurales han contribuido al estudio de los mercados de trabajo desde la perspectiva de su relación con el espacio. En el texto se enfatiza el rol de estos procesos espaciales en la vinculación entre trabajadores inmigrantes y segmentación de los mercados de trabajo en áreas rurales. Para ello se utiliza una perspectiva teórica que integra los conceptos de clase, etnicidad, género y la experiencia del lugar. A modo de conclusión, se muestra que la etnicidad es un factor clave de vulnerabilidad en la nueva economía rural y sus mercados de trabajo. Los trabajadores inmigrantes son a menudo concentrados en regiones rurales que conforman historias de extrema estratificación de clase y ausencia de derechos políticos creadas por formas de discriminación y explotación tanto legales como extralegales.

PALABRAS CLAVE: Mercados de trabajo rurales, trabajadores inmigrantes, segmentación, reestructuración rural.

SUMMARY

The immigrant condition of new rural workers

This article explores the use of immigrant workers in segmented labor markets typical of flexible capitalism in rural areas. Rural Studies have contributed a perspective of spatial entrapment and spatially contingent job markets. We emphasize supply-side processes and the role of these processes in the linkage between immigrant workers and labor markets segmentation in rural areas. We develop this argument by integrating conceptualizations of class, ethnicity, gender and the experience of place. Finally, we show how ethnicity is a key factor of vulnerability in the new rural economy and its labor markets. Immigrant workers are often concentrated in rural regions that share histories of extreme class stratification and political disenfranchisement created by both legal and extra-legal discrimination and exploitation.

KEYWORDS: Rural labor markets, immigrants workers, segmentation, rural restructuring.